

Karina Fassi

El poder
de querer

Cuando la realidad
despierta sueños

Declarado de interés por el Municipio de Bahía Blanca

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes n.º 11723 y 25446.

Queda hecho el depósito que establece la Ley n.º 11723.
Bahía Blanca, Argentina, julio de 2016.

© 2016

Gracias a...

... mis familiares, en especial a mi mamá, Ana Grondona, mis hermanos Héctor (Pelú) y Walter, mis cuñadas Viviana Wesner y Verónica Campaña (las hermanas que quería tener), mis sobrinos Máximo, Martino, Gianella, Tiziana y Valentino.

Gracias a...

... los doctores Eduardo de Lasa, Juan Carlos Couto, María Pía Gotter Campo y Susana Olivetto, el kinesiólogo Daniel Sosa, la profesora de natación Luciana Canova y a Uno Bahía Club.

Gracias a...

... el periodista Ricardo Aure, que me ayudó con la redacción de los textos

Por ellos este libro ha sido posible.

Ricardo Aure
Periodista

» Prólogo

La noche del sábado se disfruta muy cerca. La gente, las bocinas, las luces.

Alguien vuelve a la Redacción y cuenta que el restaurante de la esquina está repleto y que el pub de enfrente se empieza llenar.

—No sabés el olorcito que sale... Y no sabés la nohecita que nos estamos perdiendo.

—... ¡Eeeeh! ¿Qué pasa que todavía faltan diez páginas? ¡Vamooooo! —la voz de la realidad, de la nuestra, interrumpe y hay que apurarse con el cierre de la edición «porque-el-diario-del-domingo-debe-salir-temprano». Hace cuarenta años que siento lo mismo. Como si yo no quisiera estar un sábado en casa, viendo cómo crece mi nieto.

—¡Teléfono! ¡Teléééefono! ¿Quién atiende?

—Ricardo, ¡te-lé-fo-no!

—¿A esta hora?, ¡mirá cómo estoy con el cierre! ¿Quién es?

–Una señora... qué sé yo. Te la paso y arreglate. Pregunta por Ri-caaaarrr-doooo A-u-r-e... ¿Sos vos?

–Sí, sí. Soy yo. Pasamela... Hola... Ah, le dijeron que preguntara por mí... Karina... ¿Karina qué?... ¿Un ejemplo de voluntad y de esfuerzo?... ¿Que tiene espina...? ¿Y usted es?... Quica Zatti de García, la maestra que ella tuvo en Cabildo... Y piensa que se merece una nota... ¿Me pasa el teléfono?... Ah, es el de Ana, la mamá de Karina... ¿Karina qué?... Karina Fassi.

Una historia siempre puede ser una historia más, salvo para quien la protagoniza y muchas veces para quien la cuenta. O la escribe.

Hasta esa noche de mayo de 2013, la de Karina Fassi era una historia que conmovía a unos pocos. Desde el domingo 2 de junio de 2013, cuando en parte pude contarla en el diario *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca, muchos asumieron la magnitud del poder de querer cuando no se limita a una frase hecha.

Luciana Canova
Profesora de natación

» Introducción

«Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos, y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende».

Eduardo Galeano

Así definiría yo a Kari... como un fueguito: no de los bobos ni de los que queman, sino de los que iluminan, de los que «arden la vida», de los que dan calorcito...

Cuando la conocí, era apenas una chispita que se animaba a participar de un torneo de natación: hacía no más de dos meses que se había metido por primera vez a una pileta, y recién estaba aprendiendo a dar sus primeras brazadas. Al año siguiente empezamos a compartir las

clases, y empezaron a encenderse dentro de ella más chispitas, que se transformaron en una llamarada incontrolable de ganas, de energía, de sueños por realizar.

Y cuando la empecé a conocer más, me di cuenta de que siempre fue como una brasa candente: solo necesita una oleada de aire fresco para encenderse. Ese aire que la animó a cruzar la avenida Alem, a llegar a Machu Picchu, al lago Aluminé, al Sudamericano de Chile o al Mundial de Italia. Ese aire que no es más que sus sueños. Basta que Kari me diga: «tengo otro sueño por cumplir», para que empiece a arder la llama y no haya nada que la apague.

Recuerdo cuando nadó por primera vez en un lago de agua fría, el Aluminé. La acompañé en su recorrido de mil metros rodeando una isla. En un momento, pensando en el frío y en el tiempo que llevaba nadando, y temiendo que se fatigara en el medio del lago, le pregunté cómo

Así definiría yo a Kari... como un fueguito: no de los bobos ni de los que queman, sino de los que iluminan, de los que «arden la vida», de los que dan calorcito...

se sentía. Kari se frenó, hizo «la plancha», se detuvo unos instantes contemplando el cielo (ese día de un azul hermoso y con un sol espléndido) y me contestó: «¡Feliz!». Y así es Kari. Disfruta de cada momento que forma parte de sus sueños, yo diría desde que está en la terminal de ómnibus comprando los pasajes para viajar a donde sus sueños la lleven.

¿Qué van a encontrar en este libro? Sí, su historia. Pero también muchos momentos donde *su* historia puede ser la de ustedes. Es la historia de una chispa que quiso ser fueguito, y hoy (parafraseando al escritor uruguayo Eduardo Galeano) anda ardiendo la vida, no se puede mirar sin parpadear y quien se acerca, se enciende.

Que la lectura de este libro los ilumine, les de calor, los encienda...

El valor de lo difícil

*«Yo no puedo hacer tu parte
en la vida, pero intentaré
contagiarte mi entusiasmo»*



»» Voy a poder

Yo no puedo hacer tu parte en la vida, pero intentaré contagiarte mi entusiasmo

15

¡Cuidado! Voy a poder. Voy a poder. Tengo que poder... Ese colectivo que se acerca y me intimida... Tengo miedo pero tengo que poder. No me va a pisar. No.

Son unos pocos metros de la avenida Alem los que me separan de la Universidad Nacional del Sur. Tengo que cruzarlos... Tengo que poder. Puedo.

En el ir y venir por el tiempo, ahora me descubro en ese espejo donde me he mirado tantas veces sin verme y dudando de mí.

Aquí estoy, en este vestuario, a metros de la pileta de natación, donde cada día me cambio de ropa y donde empecé a cambiar de verdad.

Aquí estoy, entre el cariño de quienes me alientan, y en ese espejo mis ojos me piden que no olvide, y que empiece a expresarme también con las palabras.

He aprendido que este camino por el cual transitamos puede presentarse difícil, lleno de obstáculos, pero eso lo hace más interesante.

16

Si bien pienso que vinimos a este mundo por alguna razón y que cada uno tiene su parte que cumplir, algunos dejan pasar la oportunidad de vivir y de disfrutar plenamente el conjunto de instantes que conforman cada existencia porque están preocupados y sumidos en los problemas que creen imposibles de resolver. He aprendido que este camino por el cual transitamos puede presentarse difícil, lleno de obstáculos, pero eso lo hace más interesante.

Mi mamá dice que algunas veces la vida no es color rosa pero que si lo fuese, sería muy aburrida. Ella me enseñó a tratar de sobrellevar las dificultades, a entender que todo tiene una causa y un sentido, a no desesperarme cuando no todo sale como quiero, a no bajar los brazos nunca, a asumir que así como aparecen las pruebas y los conflictos, si estamos atentos y predispuestos a salir adelante, también aparecen las soluciones. Me enseñó a ver los problemas no como obstáculos, sino como desafíos.

» Primeros pasos

Algunas veces intento ponerme en el lugar de mis padres al momento de enterarse de que su hijita había nacido con espina bífida, ese problema que pudo haberse prevenido durante la gestación con la ingesta de ácido fólico, aunque por entonces poco se sabía de eso.

17

La espina bífida deja secuelas muy severas según el lugar donde se produce. Si la lesión medular sucede en la parte más alta de la columna, genera hidrocefalia. Si es al medio, afecta el crecimiento y el desarrollo del corazón y los pulmones, pero si es al final, determina dificultades en los desplazamientos.

Pasaron dos años y las secuelas empezaron a notarse.

Un señor, de apellido Camiloni, que se dedica a hacer aparatos ortopédicos, hace poco me contó que no olvida el día en que me conoció e intentó ayudarme a que pudiera pararme por primera vez. Una misión imposible.

Mis piernitas estaban muy flaquitas, sin fuerza, sin músculos. Mis «patitas» se iban para un lado y para el otro sobre la camilla de IREL, un centro de rehabilitación de Bahía Blanca, a donde mamá me llevaba.

Ese mismo ortopedista me hizo unas botas con unos fierritos a los costados de mis piernas para que yo pudiera intentar pararme. Y el milagro sucedió. Jamás olvidaré aquel día en que empecé a caminar.

Vivíamos en una casita muy cerca del lago del dique Paso de las Piedras, en el partido de Coronel Pringles, a unos 55 kilómetros de Bahía Blanca por la ruta 51, y mami extendió una cobija en el piso para que no me golpeará.

Botitas ortopédicas con los fierritos... En un extremo de la cobija, mami esperándome con los brazos abiertos. En el otro, papá luchando por comprender lo que me pasaba. Y entre ellos mis primeros cortos y temblorosos pasos. Y ya no me detuve más.

» Crecer al natural

La infancia fue una etapa muy feliz en la casita cerca del lago. La pasé criando y jugando con pichones de tero, perdices, charitos, liebres, corderos –a los que les daba leche en mamadera–, pollitos, patos y la gran e inseparable Merlina, una perra salchicha de color marrón rojizo.

Paso de las Piedras es un gigantesco lago artificial que suministra agua a Bahía Blanca

Merlina fue mi protectora. Cuando me caía, se quedaba quieta y firme a mi lado. Entonces yo me apoyaba en su lomo para pararme nuevamente. Un día tuvo cachorros. Nadie podía acercarse a sus crías. Yo era la excepción. Hasta podía llevarme los perritos a pasear en un carrito, aunque los estuviera amamantando. Cuando me caía, ella aprovechaba la oportunidad para llevarlos a su cucha.

*Pelu, un ser maravilloso, jugaba conmigo
y me traía pichones y cachorritos.*

20

Un día, mi hermano Pelu me trajo un pichón de gorrión y me lo puso en la palma de mi mano para que lo cuidara. Era muy chiquito y frágil. No tenía plumas, la piel era rosa y gris, y el pico enorme y amarillo. Entre toda la ternura que sentí tuve la sensatez de pedirle a Pelu que lo devolviera al nido.

Siempre adoré a los animales. Me gustaba cuidarlos, darles calor y alimento, pero sobre todo quería que fueran libres.

Pelu, un ser maravilloso, jugaba conmigo y me traía pichones y cachorritos. Yo me sentía importante cuidándolos.

Otra vez, nos metimos en unas casillas de cemento donde se guardaban garrafas de gas, y donde una perra sin dueño había tenido cría. Jugábamos todos los días allí hasta que nos llenamos de pulgas y mami nos pidió que no fuéramos más a ese lugar, porque además era



▀ Con mi hermano Héctor (Pelú).

peligroso por las serpientes, las arañas, los escorpiones. Cerca del lago la flora y la fauna eran muy abundantes.

21

Ni Play ni computadoras, nosotros, con los demás chicos del lugar, nos divertíamos con palitos, piedras, hojas y tierra. Cada tanto, viajábamos con mis padres a Bahía Blanca para el control de mi problema. Yo seguía caminando con las botitas ortopédicas y los fierritos, que eran muy pesados y me torcieron mucho la columna, por eso me los sacaron.

En ese momento comencé a hacer ejercicios con gran ayuda de mami y los profesionales de IREL, aunque nunca pude lograr masa muscular en las piernas, siempre flaquitas y con poca fuerza.



▪ Mis abuelos María y José con mi hermano Walter.

» Los abuelos

Cuando cumplí 6 años, papá fue trasladado en su trabajo, y nos mudamos a la quinta de los abuelos en Cabildo, una pequeña localidad situada a 47 kilómetros de Bahía Blanca. Dejar la casita del lago fue duro. Y más fuerte aún el cambio.

De pronto empecé una nueva etapa de mucho aprendizaje, un poco en la escuela, aunque la mayor sabiduría fue llegando gracias a la experiencia y el amor de los abuelos.

En la quinta había tres casitas. De un lado vivían los abuelos maternos (Héctor y Antonia), del otro los paternos (José y María), separados por unos pocos metros. Fue hermoso e increíble. Podía verlos y disfrutarlos todos los días.

José tenía las manos lastimadas, ampolladas y con marcas de tanto trabajar. Fue el hombre más honesto que he conocido. Él abría surcos con un arado que tiraba

un caballo, luego expandía semillas y las regaba. Con el tiempo, el milagro de la naturaleza y el esfuerzo humano nos ofrecía las más ricas verduras. El abuelo las recolectaba y las salía a vender por el pueblo en el *sulky*, que se movía gracias a una yegua llamada Lila.

José trabajaba siempre en aquellos surcos derechos que no olvidaré. También cortaba la leña para la estufa hogar. Su bondad con los perros y los caballos y su sensibilidad se han quedado para siempre en mi corazón.

María, descendiente de alemanes, de carácter fuerte, estaba obsesionada con la limpieza, tanto que se enojaba con el abuelo si entraba a la casa con las alpargatas. Cocinaba pan, dulces caseros y tejía muy bien al *crochet*.

Héctor era un arriero. Me imagino el frío que debe haber pasado llevando animales de un lugar al otro con la ayuda del caballo y los perros. A pesar de los golpes de la



▪ Con mi hermano Pelu, los chicos del dique Paso de las Piedras y mi perra Merlina.

vida, era un hombre honorable, respetuoso al máximo del valor de su palabra; sincero, amable, de mirada tranquila, humilde, muy cariñoso y protector conmigo y sus demás nietos. Una vez, para un cumpleaños me regaló una latita de duraznos en almíbar, para él un artículo de lujo.

Héctor tuvo catorce hermanos y junto con David, su mellizo, fueron excelentes jugadores de fútbol.

Si tengo que definir a mi abuela Antonia con una palabra, no dudo en elegir «dulzura». Fue una gran mujer, muy trabajadora y amorosa. De joven, para atravesar los pajonales se ponía unas botas muy largas, alzaba a mi mamá y a mis tíos Héctor y Elsa, y se iba a ordeñar vacas. Dueña de una gran sabiduría, ella me enseñó a tejer al *crochet* y a diseñar flores de papel.

Antonia hacía el té más rico del mundo, tortitas fritas, pastelitos y me agasajaba con sus manjares. De su boca



▪ Con mis hermanos Walter y Pelu y mis abuelos Antonia y Héctor.

solo salían palabras lindas. Si estaba triste, iba a visitarla, la acompañaba y mi autoestima se elevaba hasta las nubes. Me cuidó, me enseñó muchas cosas y me esperaba siempre con una cálida sonrisa. Por todo eso entiendo la grandeza de mi mamá. La siento dentro de mí, aconsejándome y mimándome. Pero igual la extraño tanto...

Así transcurría la vida en la quinta con los abuelos. Allí se criaban pollos, conejos, gallinas, patos y perros. En el tanque australiano había peces de colores, y cuando el viento empujaba al molino que el abuelo utilizaba para el riego de las verduras, escuchábamos un ruido muy intenso.

Hoy siguen estando ese tanque, el molino y las tres casitas. Por las noches se escuchan los sapos y los grillos; por las mañanas, que anuncian los gallos, se oyen las más diversas aves, que en libertad cantan mejor. Nunca pude entender a quienes las condenan a la tortura del

*La mayor sabiduría fue llegando gracias
a la experiencia y el amor de los abuelos.*

encierro. Me enoja y siento la necesidad de pedirles que reflexionen y que aprendan a disfrutar del generoso trino de un pájaro libre.



▪ Con mi maestra de primer grado Alba Pérez.

» La escuela y otro hermano

De repente, el guardapolvo blanco, la escuela de Cabildo, con muchos chicos que gritaban y corrían en los recreos, y una maestra morocha y de voz fuerte que me mandaba al rincón por no llevar los lápices de colores y la regla que había pedido.

29

Lloraba todo el tiempo. Un día, mi hermano Pelu vino al aula a traerme la regla que una vez más me había olvidado. Yo estaba en penitencia y sin recreo. Me llevó mucho tiempo comprender que la maestra nos enseñaba a cumplir y a ser responsables.

Aquella vez me aferré con tanta fuerza de Pelu que no estaba dispuesta a dejarlo salir de la escuela sin mí. Le supliqué que me sacara de ese «espantoso lugar».

Quica, la directora de la escuela, se dio cuenta de lo mucho que estaba sufriendo, y me cambió al aula de la señorita Alba, una maestra de voz suave y cariñosa. Me acuerdo

*Me llevó mucho tiempo comprender
que la maestra nos enseñaba a
cumplir y a ser responsables.*

30

cuando me alzó entre sus brazos y me lavó la cara. Además, Mónica, la hija de Quica, comenzó a acompañarme en los recreos. Con su ayuda comencé a integrarme.

Siempre me costó formar parte de grupos numerosos, pero por entonces me costaba expresarme, era muy tímida, retraída, y extrañaba mi casa del lago y los animales.

Lo más terrible sucedió cuando alguien tiró veneno cerca de la quinta con la «idea» de matar perros vagabundos. Así murió mi fiel Merlina. Me costó mucho recuperarme, tanto que aún hoy siento ganas de volver a tenerla conmigo.

Al cumplir siete años nació mi hermanito Walter, un hermoso bebé, casi un muñeco para mí, y un gran compañero para Pelu, que estaba muy contento con la llegada de otro varón a la familia.



▪ Con Pelu y Walter bebé.

Mami me regaló un muñeco YolyBell, y yo también tuve un bebé para cuidar, jugar y hacerle ropita.

En la escuela fui pasando de grado sin problemas y con la amistad de Mónica. De a poco me fui adaptando al cambio gracias al apoyo de mis maestras.

» La adolescencia, la operación

Al empezar la educación secundaria en el instituto Nuestra Señora del Sur, un colegio privado de Cabildo con orientación religiosa, no experimenté grandes cambios físicos, pero sí emocionales.

Prolongué la infancia todo lo más que pude. Mientras mis compañeras hablaban de sus salidas al boliche y de sus novios, a mí me importaba ir a jugar a la quinta con los animalitos y los juguetes.

Creo que siempre me hice a la idea de que el amor de un chico nunca sería para mí. Lo mismo pensaba del deporte, aunque muchos años después supe que estaba equivocada porque la vida nos abre un enorme abanico de posibilidades y solo debemos estar atentos y dispuestos a disfrutarlas.

En aquellos tiempos de la secundaria, con muy poca autoestima, no salía con amigas ni iba a bailar. No festejé

mis 15 años y por lo general tampoco participaba de las fiestas a las que me invitaban. Cuando aceptaba ir, solo escuchaba un poco de música, veía a mis compañeras bailar el clásico vals y temprano me quería volver a casa. Me invadía una sensación de incomodidad. Encima, tímida e introvertida, no me sentía linda, me cansaba mucho caminar, rengueaba, pisaba mal, mis rodillas estaban torcidas, tenía las piernas flaquitas, era lenta...

En un intento de mis padres por mejorar mi calidad de vida, a los 17 años me llevaron a Bahía Blanca. Fuimos a ver a un médico, que sigue ejerciendo y tiene un consultorio en pleno centro, pero dudo mucho de su capacidad.

Le tuve miedo. No me transmitía confianza pero se decía que había operado a una mujer de Cabildo y que aparentemente había curado su problema. Con esa referencia

*Eran unos pocos metros de la avenida
Alem los que me separaban de la
Universidad Nacional del Sur. Tenía
que cruzarlos... Tenía que poder.*

mis padres decidieron operarme las piernas. Papá hasta se endeudó para pagar los honorarios del «médico».

Estaba muy asustada el día de la operación. Había sufrido pesadillas y tuve un mal presentimiento. Todo salió mal. Al despertarme de la anestesia comprobé que mis piernas habían quedado peor: con el pie izquierdo apoyaba la cara interna del tobillo; con el derecho, pisaba con el talón. Para colmo de males, la respuesta del médico fue horrible: «Lo que Dios no te dio, yo no te lo puedo dar».

A esa altura, culminaba el secundario en Cabildo. Nunca me llevé materias, iba al colegio con los yesos en ambas piernas y trataba, a pesar de todo, de mantener la sonrisa. Tenía que ser fuerte y continuar.



▪ Con mis hermanos en el balneario El Cóndor, Río Negro.

» La escalera, la promesa

Un día, en una charla con la profesora Alicia Baglioni, ella me preguntó qué pensaba hacer luego de terminar mis estudios. Le contesté que quería ser contadora y especializarme en administración de empresas. Ella me ofreció el apoyo incondicional de todos los profesores, aunque mi mayor preocupación era poder cruzar la avenida Alem para llegar a la Universidad Nacional del Sur.

El instituto de Cabildo, que cerró hace varios años, me dio una muy buena base para enfrentar los desafíos académicos y con el diploma de Bachiller Mercantil me vine a Bahía Blanca, dispuesta a ser una contadora pública nacional, y convencida, tal el consejo alguna vez recibido, de que la educación es la única herencia que nadie te puede quitar.

Eran unos pocos metros de la avenida Alem los que me separaban de la Universidad Nacional del Sur. Tenía que cruzarlos... Tenía que poder.

El primer día fue muy intenso. El playón de la universidad era un mundo de gente y encontrar el aula donde iba a tener clases fue todo un desafío. Traté de mantener la sonrisa, o al menos una «nerviosa sonrisa». Me costó mucho subir las escaleras. Y entonces me hice una promesa; me prometí a mí misma que bajaría esos mismos peldaños con el diploma de contadora en mis manos.

Pasé las primeras semanas muy descompuesta por los nervios, pero, como siempre, conté con la compañía de mi hermano Pelu. Fuimos caminando juntos al centro, luego subimos al colectivo, para conocer el recorrido entre la universidad y el departamento donde me hospedaba. Allí, por ejemplo, supe que debía extender el brazo para que el colectivo parase.

Pelu me enseñó a desenvolverse en la ciudad. Le propuse que caminara unos metros adelante mío, por si le

Me prometí a mí misma que bajaría esos mismos peldaños con el diploma de contadora en mis manos.

daba vergüenza ir a mi lado. Fue cuando toqué el fondo de mi autoestima: caminaba muy lentamente, me cansaba muchísimo y era horrible sentirme observada por la gente.

Mi hermano me hizo comprender lo equivocada que estaba. Con su voz tranquila y sincera me decía: «¿Cómo me va a dar vergüenza acompañarte? Sos mi hermana y te quiero ayudar. Vos tenés que salir adelante y estudiar».

Convivíamos juntos en un departamentito céntrico y empecé a cocinar, a hacer la limpieza, a valerme por mí misma. De a poquito fui ganando confianza en mí.

» Empezar a creer

El primer examen que rendí fue en el curso de nivelación, que debía aprobar para acceder al cursado de las materias.

41

Ahora las hojas de ese momento me dan risa, por la letra que tenía. En esa época me temblaba mucho el pulso y, para no perder tiempo al anotar, escribía sin dar vuelta la hoja y hasta en los márgenes.

Es increíble lo nerviosa y preocupada que estaba por aprender. Cuando rendí hubo momentos en que no podía escribir por el temblor de mis manos. Respiraba profundo, trataba de tranquilizarme... sentía que mi futuro dependía de ese examen: si aprobaba, era la confirmación de que podía hacerlo, de lo contrario tenía que regresar a Cabildo y esperar otra oportunidad.

Entregué las hojas a la profesora y me fui a casa con la tranquilidad de haber hecho todo lo mejor posible.

Días después fui por el resultado, llegué al pasillo donde se publicaban las notas en unos listados interminables. Busqué ansiosamente mi apellido mientras el corazón parecía explotarme y mi mente me repetía que con 40 puntos aprobaba.

Fassi, Karina Elisabet... 76 puntos.

¡Qué alegría tan grande! Era el principio de una etapa maravillosa. Sabía que el camino a recorrer era largo, y que no sería fácil, pero ya había superado el primer escalón.

» Un amigo, un viaje, un grupo

El cursado de las materias fue un desafío diario, desde cruzar calles, tomar colectivos, entrar al aula correcta...

43

Una vez llegué al aula, que era enorme y estaba desbordada de estudiantes. Unos se sentaban en el piso, otros en los bordes de las ventanas y hasta en la tarima del profesor. No quise entrar pero supe que debía venir una hora antes para poder conseguir un asiento.

En la puerta, aferrada a mi carpeta, se me acercó una profesora casi corriendo. Me preguntó por qué no entraba y si quería hacerle una consulta. Le contesté que dudaba, que no sabía si esa era realmente el aula donde tenía que entrar. Ella se subió a la tarima y preguntó: «¿Esta es el aula de la cátedra de...?». Todos contestaron que sí y desde su lugar me llamó diciendo: «Vení, vení, ellos son tus compañeros de clase». Con la timidez que tenía, no me había animado a preguntar. Entré y con la carpeta me

cubrí mi cara. La sentía colorada y acalorada. Un chico me ofreció su asiento. Tenía tanta vergüenza por el papelón que ni siquiera se lo agradecí y me puse rápidamente a tomar nota.

Más tarde, al salir de la clase, fui a un lugar dentro del primer piso donde sacan fotocopias y me encontré con ese mismo chico. Recién allí pude agradecerle el gesto. Así conocí a mi gran amigo, Guillermo Pérez Gallinger. Él me contó que formaba parte del centro de estudiantes y que estaban organizando un viaje a la provincia de Mendoza para asistir a unas jornadas de innovación empresarial, organizadas por un licenciado en administración cuyos libros tuve como bibliografía de estudio.

La propuesta me pareció muy interesante, principalmente porque era muy necesario empezar a integrarme y a relacionarme. Fue mi primer viaje de estudios, que

Fue muy valioso viajar por primera vez sin la compañía de mi familia, y demostrarme que había crecido y que tomaba decisiones por mí misma.

además compartí con una chica de Cabildo que conocía, lo que me dio seguridad y tranquilidad.

Fue muy valioso viajar por primera vez sin la compañía de mi familia, y demostrarme que había crecido y que tomaba decisiones por mí misma.

En Mendoza me sentí cómoda e integrada, aprendí mucho; en el viaje de regreso, Guillermo se sentó a mi lado, pero en el piso del ómnibus. Le dije que estaba muy contenta.

Hubo un antes y un después de ese viaje.

Guillermo, con gran entusiasmo, me comentó que con el grupo pensaban organizar el primer Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Ciencias de la Administración, y me invitó a formar parte de la organización. No podía creerlo. Obviamente que le dije que sí. Pude conocer gente, ir a reuniones, aprender cómo organizar un

evento de esa magnitud, evaluar prioridades y sentir que podía lograr todo lo que me propusiera.

El encuentro se inauguró el día de mi cumpleaños, así que pude festejarlo con los participantes nacionales y de toda Latinoamérica.

Fue un cumple feliz. Me hicieron unas ricas tortas, que tuve que probar con un fuerte mordiscón.

Académicamente estaba todo bien. Aprobaba las materias sin mayores inconvenientes pero seguía asustada cada vez que cruzaba la avenida Alem y no había perdido la timidez para hablar y para expresarme en público. Supe, por un ayudante de cátedra de una de las últimas materias de la carrera, que la profesora Beatriz Ortigosa de Cabrera, «Bety», había advertido todo eso. Ella, entonces, casi todas las clases me hizo dar la lección oral frente a mis compañeros. Me animé a hablar y mi voz fue

ganando en seguridad. ¡Cuánto me ayudó la decisión de esa profesora!

47

En cuanto a cruzar la calle, todos los días me planteaba la misma pregunta: ¿podré cruzar?

Cuando me animé a comentar el miedo que tenía a ser atropellada por un colectivo, porque el semáforo cambiaba y yo quedaba a mitad de camino, encontré una gran disposición para acompañarme. Así aprendí que la unión hace la fuerza y cruzábamos la calle en grupo. Tomé conciencia de lo importante que es expresarse y pedir ayuda, lo que no podía hacer porque estaba presa de mi timidez.



▪ En la Pontificia Universidad Católica de Ecuador.

» El final de los imposibles

El mismo Guillermo Pérez me comentó que como había participado de la organización de ese encuentro, era posible que fuese becada a otros países. Parecía una locura pero empecé a soñar. Y como para que los sueños se cumplan no solo hay que desearlos, me puse a trabajar con tanto entusiasmo que me olvidaba de los problemas.

Tenía un objetivo, un proyecto que me desvelaba por las noches... Un sueño que me quitaba el sueño.

Fue maravilloso abrir la casilla de correo electrónico y leer que mi trabajo sobre marketing y comercio internacional, basado en el comercio electrónico, había sido aprobado y que recibiría una beca para viajar al Ecuador.

Tuve una mezcla de alegría, emoción y nervios. Se lo conté a toda la familia y Pelu, mi hermano, me preguntó qué sabía de ese país. Le dije que había volcanes. La siguiente pregunta fue: «¿Te hace feliz ir?». Y le contesté

que sí. Era una gran oportunidad para crecer y serviría para mi currículum.

«No te lo pierdas. Si tengo que ir a patear lava de volcán para sacarte y traerte de nuevo a casa, lo voy a hacer. Andá y disfrutá mucho. Contás con nuestra ayuda, como siempre», me dijo.

Y me fui tranquila.

Salí de Bahía Blanca sola, con una valija. Llevaba una bolsita con regalos, golosinas y cartitas. Al llegar al aeropuerto de Ezeiza me encontré con los otros argentinos, pero recién al arribar a Quito supe que éramos seis los becados.

Nos esperaban los chicos de la organización, quienes me llevaron a la cálida casa de la familia Toscano León, en el barrio El Condado. Me sentí cómoda en un hogar hermoso, y sorprendida por tanta amabilidad. Todavía nos comunicamos con Andrea, una de las hijas.

«No te lo pierdas. Si tengo que ir a patear lava de volcán para sacarte y traerte de nuevo a casa, lo voy a hacer. Andá y disfrutá mucho», me dijo Pelu.

Por la tarde, se realizó la ceremonia de inauguración del encuentro en un salón imponente de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Había representantes de distintos países latinoamericanos, estudiantes, personalidades políticas y académicas. De pronto, el presentador dijo que sería importante escuchar las palabras de un representante de cada país. Argentina en primer lugar.

Mis cinco compatriotas se quedaron sentados.

Comencé a subir las escaleras del escenario para tratar de hablar frente al calificado auditorio. No llevaba ningún discurso, ni papel ni mensaje pensado para la ocasión.

«¿Y ahora qué digo?», me pregunté mientras me acercaba al micrófono.

Expresé simplemente lo que me salió del corazón. No podía creer lo que me estaba pasando. Me sentía plena.

Por primera vez me animaba a cruzar fronteras y agradecí profundamente esa oportunidad. Me conmovieron los aplausos y hubo personas que se me acercaron para ofrecerme su amistad.

Luego fuimos a festejar el comienzo del encuentro a una finca muy lujosa, en las afueras de Quito. La piscina tenía luces por debajo del agua, había palmeras y un parque impecable. Calor y música reinaban en ese lugar.

Los días fueron pasando, presenté mi conferencia en la universidad y obtuve buenas respuestas. Fue otro gran paso.

En Ecuador me esperaban otras sorpresas fantásticas, como el punto que señala la mitad del mundo, donde se encuentra el paralelo de cero grado. También pude ir al cráter de un volcán, en la cadena montañosa Pichincha. Otro volcán, inactivo desde hacía años, tenía el cráter lleno de

*Llegó el día de volver con la memoria
llena de imágenes y sabores. Con la
sonrisa de oreja a oreja por sentir que
la vida está llena de oportunidades,
lugares y personas.*

agua, casi un lago que podía recorrerse en una lancha. El agua era totalmente transparente pero el fondo no se podía ver por la profundidad. No se podía nadar ni tomar el agua por su alto contenido de azufre.

Conocí los hermosísimos campos de rosas multicolores de tallos muy largos y variados perfumes que se exportan a todo el mundo. Es asombrosa la tarea artesanal para recolectar los pimpollos. Allí es común ver vendedores de rosas en los parques y las plazas.

Como parte del encuentro, visitamos empresas para conocer procesos productivos y su inserción en el mundo a través de la exportación de sus productos. Justo fui a FV, que trabaja la arcilla y hace productos de cerámica, lo que siempre me gustó.

Tras el programa de actividades, me fui a unas islas cerca de las Galápagos, un paraíso. Llegué en una lancha

y me esperaban lugareños con frutas tropicales y pequeños pájaros que revoloteaban y comían fruta de mi mano. Todo en medio de un paisaje maravilloso: aves de pecho enorme y colorado, y ballenas jorobadas que en ese mes de setiembre daban a luz.

Al alejarnos de las ballenas, quien dirigía la excursión nos comentó que estábamos pasando sobre un arrecife lleno de vida. Detuvo la lancha y nos invitó a disfrutarlo, ofreció hasta los snorkel, pero yo no me animé. Ni siquiera sabía nadar. Entre las turistas había una señora que pesaba mucho y que al tirarse al agua nos salpicó a todos los que habíamos quedado arriba.

Con la mayoría en el agua, el guía de pronto dijo seriamente: «Tengan cuidado. Como hay restos de placentas de ballena, y sangre por los nacimientos, pueden aparecer tiburones...».

*Por primera vez me animaba
a cruzar fronteras y agradecía
profundamente esa oportunidad.*

La pobre señora que pesaba mucho no encontraba la manera de subir rápido a la lancha. Lo mismo que el resto.

De repente se terminaron todas las ganas de recorrer el arrecife.

Nunca supe si aquella advertencia fue verdadera.

Al atardecer, en las costas de Puerto López, donde obtuve una de las mejores fotos del sol en el mar, cené riquísimo pescado y frutos típicos. Descansé en un hotel sobre la playa. Desayuné con el sonido de las olas y el olor del dulce casero de frutas, pan fresco, manteca, un café con leche y jugo de frutas recién exprimido.

Aguas Blancas, otro sitio fantástico, atesora mucha historia y tradición, con tumbas de aborígenes cuyos cuerpos descansaban en posición fetal dentro de vasijas enormes de cerámica. Allí aprendí el valor que el sol, la luna y las estrellas tienen para la tribu de los manteños.

El nombre Aguas Blancas se debe a una planta cuya raíz despide un líquido blanco que tiñe el agua del arroyo. Muy cerquita de allí, más playas de aguas color turquesa y arenas claras.

Llegó el día de volver con la memoria llena de imágenes y sabores. Con la sonrisa de oreja a oreja por sentir que la vida está llena de oportunidades, lugares y personas para conocer y de sensaciones para disfrutar.

Viajar cambia la manera de ver las cosas.

» La cima exterior, la cima interior

Seguí cursando y estudiando. Un año después fui becada por la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, Perú, por mi trabajo sobre desarrollo sustentable y responsabilidad social.

Otra alegría, un nuevo proyecto.

Llegué al aeropuerto de Lima a las tres de la madrugada. Era la única argentina convocada. Me recibieron los organizadores. Es tan lindo que te esperen...

Compartí una casona, en pleno centro, con Gilda y su hija. En ese tipo de encuentros también se aprende a convivir con familias de cada país anfitrión.

Ofrecí una conferencia ante estudiantes peruanos, becarios de Latinoamérica, profesores y decanos de distintas universidades. Me sentí relajada y segura de que importaba lo que decía. Un decano de la Universidad del

*Me sentí del tamaño de una hormiga
al advertir tan angosto el camino y tan
profundo el abismo color verde oscuro.*

58

Callao me invitó a repetirla y a tener una charla con los alumnos de su distrito. Fue muy gratificante.

Al regresar a Lima fui testigo de un impresionante acto de fe.

Durante octubre se celebra la famosísima procesión del Señor de los Milagros. Participan miles de peruanos de todas partes y las mujeres se visten de color violeta oscuro (que ellos llaman «morado») en honor a dicho santo.

Me conmovía el llanto desconsolado de personas que habían podido tocar la imagen por primera vez, agradeciendo o pidiendo. Allí recibí una imagen que aún conservo y presto a quienes sufren e imploran. Una vez que el milagro se les cumple, me la devuelven así puedo dársela a otro que la necesite.

La leyenda dice que un pintor de piel muy oscura, que parecía morada, reflejó a Jesús en la cruz sobre una pared.



■ En Machu Picchu.

Tiempo después, la zona sufrió un devastador terremoto del que solo se salvaron quienes se refugiaron junto a esa pared, la que quedó intacta.

El 3 de octubre, día de mi cumpleaños, en la Universidad Mayor de San Marcos me agasajaron con un rico pastel, junto a Francisco, un chico de Ecuador que también cumplía años. Por la noche fuimos a cenar a un lugar llamado Brisas del Titicaca. Apreciamos la cultura peruana y sus danzas típicas, por cierto muy divertidas y coloridas, con un amplio despliegue de vestuarios en referencia a cada uno de los distritos de Perú.

Allí bailé con Francisco.

Los bailarines me indicaron cómo hacerlo y me llevaron de la mano pero me daba mucha vergüenza. Después llegaron otros estudiantes, fui sobreponiéndome a la timidez y viví un momento muy grato.



60

Esos días en Lima me permitieron intercambiar vivencias y charlas con estudiantes de Chile, Colombia, República Dominicana, Uruguay, Ecuador y México. Me comentaron sus planes y me ofrecieron la oportunidad de acompañarlos hasta Cuzco, para conocer el emblemático Machu Picchu. Me sumé casi sin pensarlo.

Siempre, cuando viajo, llevo un botiquín con vendas, desinfectantes, antibióticos. En Perú debí utilizar todo porque tenía una lastimadura en mi pie que tardó dos meses en curarse.

Era consciente de que lo ideal era cuidarme. Me sentía tan feliz que no podía detenerme.

Tomamos un avión desde Lima hacia Cuzco. Nos ofrecieron té de coca para atenuar los efectos de la altura. Lo mismo pasó al llegar al aeropuerto y al hotel. La altura no me afectó y el té tampoco. La verdad es que el sabor no era muy rico.

*Era consciente de que lo ideal
era cuidarme. Me sentía tan feliz
que no podía detenerme.*

El pequeño grupo era genial. Almorzamos: pimienta con pollo y arroz. Las especias son infaltables en los platos típicos peruanos. No me gustaron, tampoco las legumbres. Preferí arroz blanco.

Muy temprano al otro día salimos a recorrer Cuzco, con sus calles y construcciones de piedra perfectamente talladas, sus imponentes iglesias y museos. Una combi nos llevó al Valle Sagrado de los Incas. Las fotos que tomé en ese lugar son verdaderas postales.

A las cinco de la madrugada del siguiente día tomamos un tren con destino al Machu Picchu. Allí viaja gente de todo el mundo. El movimiento era tan intenso que ni siquiera pudimos desayunar. Lo mejor estaba del otro lado de la ventanilla: picos nevados, arroyos que acompañaban el recorrido de las vías, selva amazónica, nativos con cabras y chivos, cultivos de maíz, legumbres... De

pronto el tren paró en una estación donde los lugareños venden alimentos, artesanías, mantas, alfombras, ponchos hechos en telar y cerámicas.

Luego de un breve descanso subimos a un colectivo pequeño que siguió su camino por lugares asombrosos. Por momentos no se notaba la luz del sol por la cerrada vegetación. Salían aborígenes pequeños entre los árboles y corrían al costado del micro tirando piedras y gritándonos en quechua como una manera de defender sus tierras. Me llenó de tristeza verlos.

Pasamos por profundos precipicios. Me sentí del tamaño de una hormiga al advertir tan angosto el camino y tan profundo el abismo color verde oscuro, mientras el río Urubamba, muy caudaloso, atravesaba el paisaje. Desde tanta altura parecía finito y pequeño como un hilo.

Cuando el micro se detuvo, solo restaba caminar y trepar para llegar a la ciudadela.

Valió la pena tanto esfuerzo.

Con la ayuda de mis compañeros, desde la cima contemplé ese maravilloso lugar pleno de misticismo.

Antes no me animaba a cruzar una calle y de repente estaba en la cumbre del Machu Picchu.

» Chile, cúspides y profundidades

Mi autoestima crecía, podía valerme por mí misma, enfrentar problemas y buscar soluciones desde las cosas simples y cotidianas que antes me resultaban tan difíciles hasta las más complejas.

Un año después, recibí otra beca de una universidad de Chile. Me fui sola en ómnibus. Crucé la Cordillera de los Andes de noche. El paisaje me regaló montañas nevadas que brillaban a la luz de la luna llena. Me alegró el no haberme dormido (aunque en realidad nunca puedo dormir mientras viajo). Sentí un poco de frío pero por la ventanilla disfruté de las admirables postales andinas.

En Temuco me esperaba Solange Bayer, una chica muy amable que había conocido en Perú. En su casa, su mamá me agasajó con comidas riquísimas. Al otro día viajamos a Concepción, para el Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Administración en la Universidad Católica. Fue otra linda experiencia.

Si querés que la gente te trate bien, tratá bien a la gente.
El mundo es redondo y todo vuelve.

Expuse mi conferencia sin nervios y entre las visitas a empresas que integraron el programa aprendimos el proceso productivo y el tratamiento del acero.

También visitamos una mina de carbón que solo se utilizaba para turismo: El Chiflón del Diablo, situada por debajo del mar, donde las extracciones, entre 1857 y 1990 se cumplían a 1.800 metros por debajo del nivel del mar.

¿Qué estaba haciendo yo allí?

Nos pusimos unos cascos con linternas y empezamos a bajar, primero en unos carritos de madera sobre rieles, luego sujetos a unas sogas y, más tarde, por pequeños pasillos, en cuatro patas, hasta llegar a un lugar donde las paredes eran de carbón.

*Si querés que la gente te trate bien,
tratá bien a la gente.*

*El mundo es redondo
y todo vuelve.*

De pronto nos quedamos en silencio y con las linternas apagadas. ¡Parecía que tenía caracoles en las orejas! Sentí que estaba debajo de muchos metros de tierra y de mar. Me acordé entonces de los terremotos que suele sufrir Chile y juro que salí con mayor rapidez de la que yo misma podía suponer.

Al regresar a la superficie me quedé contemplando una hermosa playa del Pacífico, con mi ropa totalmente llena de barro.

Tiempo después supe que, según los mineros, una mujer nunca debe entrar a la mina porque trae mala suerte.

Aquella vez fuimos muchas las chicas que bajamos.

Ya no se hacen excursiones a la mina El Chiflón del Diablo, muy afectada por el terremoto de febrero de 2010.



▪ En el baúl del auto... ¡Me recibí!

» ¡Contadora pública!

Tantos años de esfuerzo y estudio, de ponerme muy nerviosa en cada examen, una mañana de marzo de 2002, muy temprano, rendí el último final de la materia Auditoría en la Universidad Nacional del Sur. Fue escrito y había que esperar el resultado una semana.

Al salir me esperaba una gran amiga, Natalia Boschetti, a quien conocí en la universidad y con quien compartí muchas horas de estudio. Ella, que ya se había recibido, vivía en el sur del país pero viajó especialmente para acompañarme en el día de mi última prueba.

Más allá de no tener la nota, yo sabía que aprobaba y no dudé en decirlo.

Esa noche nos juntamos a festejar. Me puse ropa bonita y con compañeros de la universidad, amigas y familiares fuimos a una pizzería. Después de brindar, me hicieron cambiar de ropa en el baño, me llevaron al Paseo de

las Esculturas, un lugar típico de Bahía Blanca, y se vino el enchastre: huevos, harina, tierra, condimentos varios, vinagre, yuyos, hojas de plantas y sustancias pegajosas. Yo estaba tan contenta que no me importó soportarlo, incluso bajo la lluvia. El ritual siguió en el baúl de un auto por las calles céntricas hasta altas horas de la noche, con una caravana detrás tocando bocina por mí.

Sucia, mojada, con frío, temblorosa... feliz. Muy feliz.

» Puertas que se abren

Unos días después organizamos con mami y mi hermano Walter un viaje a las Cataratas del Iguazú. Era mi viaje de egresada y una manera de empezar con buena energía la nueva etapa.

El lugar es mágico. Hicimos excursiones, disfrutamos el paisaje, recorrimos una parte de la selva entre millones de mariposas, compartimos un día en la vida de los guaraníes, quienes nos mostraron cómo conseguían sus alimentos, hacían huertas y artesanías. También recorrimos una zona donde se recuperan animales lastimados y que, secuestrados de su hábitat natural, tratan de venderse en el mercado negro.

Las Cataratas, tanto del lado argentino como del brasileño, testimonian la inmensa majestuosidad de la naturaleza.

Después comenzó la dura tarea de encontrar un empleo.

Anteriormente había vendido ropa y cuidado niños pequeños. A ese dinero pude utilizarlo para mis viajes, pero tratar de trabajar de lo que había estudiado fue bastante frustrante.

Si hay dificultades para ocupar a quienes no tienen límites físicos, estas trabas se multiplican exponencialmente para los que los afrontamos.

Trato de ponerme en la cabeza del que puede llegar a emplearme y entiendo que seguramente sospeche de posibles inasistencias o de mi imposibilidad de hacer ciertas tareas. También es cierto que muchas veces fui a entrevistas laborales y que lejos de mirar el currículum o de escuchar las ganas y el entusiasmo que transmito, me miraban cómo entraba caminando y me daba cuenta de que no me iban a llamar.

*Las puertas se fueron
abriendo de a poco.*

Si nunca me postulé para bailarina, ¿qué importan mis dificultades para caminar?

En nuestro país rige una ley que, para mejorar la calidad de vida de las personas con discapacidades, determina, en un mínimo porcentaje, su inclusión a las empresas estatales. También otorga beneficios impositivos a las privadas que hagan lo mismo.

Puedo asegurar que esa ley no se cumple.

Me agoté de golpear puertas y de escuchar que el cupo de personal con discapacidad ya estaba cubierto. La ley propone un mínimo pero no un tope máximo.

Viajé a Buenos Aires para entregar mi currículum a directivos de importantes organismos estatales y para solicitar que se me tuviera en cuenta para futuras vacantes. Nunca pasó. Nunca he visto muchas personas con discapacidad en «buenos» puestos de trabajo.

Muchas veces me vi dando explicaciones que ahora me dan lástima, como «solo tengo problemas para caminar pero mi cabeza está bien».

En busca de otras posibilidades llegué a traducir mi currículum al portugués y lo presenté por Internet en varias empresas brasileñas. También lo hice personalmente por el sur de ese país, en un viaje que hicimos con mamá.

Perseveré, convencida y segura de que merecía una oportunidad digna.

Las puertas se fueron abriendo de a poco. Primero fue la gente de Cabildo, el pueblo donde crecí, la que confió en mí. Así fui logrando clientes, que aún conservo, como contadora independiente. Luego surgió la posibilidad de trabajar en un comercio de electrodomésticos en relación de dependencia y allí estoy desde hace más de diez años.

Perseveré, convencida y segura de que merecía una oportunidad digna.

También empecé a colaborar con la delegación municipal de Cabildo en 2005, como asesora contable para emprendimientos, lo que significó un desafío profesional y una manera de aportar un granito de arena a la creación de nuevos empleos en el pueblo. No pude permanecer mucho tiempo ya que me contrataron como becaria con un salario de 400 pesos al mes que no me alcanzaba para cubrir el costo del colectivo. Pedí el traslado a Bahía Blanca, pero la situación empeoró: se multiplicó exponencialmente la cantidad de trabajo, nunca se me consideró contadora y el valor de mi beca se paralizó.

Recuerdo a un hombre joven que presentaba proyectos de emprendimientos y que, harto de la burocracia del sistema y de tantas puertas cerradas, amenazó con suicidarse. Yo, que prestaba servicios en la Subsecretaría de Producción y Desarrollo, me sentía desbordada todos los

días atendiendo gente desempleada que necesitaba una solución y quien las escuchara y entendiera. Recibía a familias enteras con sus hijos enfermos. No podía soportar tanta injusticia ni a los políticos que miraban hacia otro lado.

Traté de aguantar. Sentía que mi función era importante pero fue insostenible. A principios de mayo de 2010 presenté mi renuncia en la Municipalidad de Bahía Blanca.

Terminé devastada por tanta falta de respeto a la gente y... a mí misma.

Continué trabajando en relación de dependencia en la empresa en la que aún estoy y con mis propios clientes.

Gradualmente logré una estabilidad económica, vivir sin deudas, proyectar cambios, acceder a un crédito hipotecario y comprar mi propio departamento. Al mismo tiempo seguía haciendo cursos de perfeccionamiento profesional.

» La playa del destino

Estaba en un momento en que se acentuaban los contrastes. En tanto que mi vida profesional se afianzaba cada vez más, todo fue empeorando en mi cuerpo. Mi tobillo se iba hacia adentro, hasta tocar el piso y me lastimaba. Lo mismo me pasaba con la rodilla.

Mis heridas no cicatrizaban, sufrí infecciones y tuve que hacer reposo para curarme. Paralelamente me debilitaba.

Sin actividad física, perdía masa muscular. Por un simple tropezón me fracturé la tibia de mi pierna izquierda. Y la solución fue más y más reposo.

Por entonces llegó la frase que nunca hubiera querido escuchar:

–La vida continúa Karina, en silla de ruedas, pero continúa –me dijo el traumatólogo que me trataba en Bahía.

No estaba dispuesta a aceptarlo ni a bajar los brazos.

Para mantenerme con ánimo durante los 30 días de reposo por la fractura, imaginaba viajar a una playa bonita de arenas suaves, aguas transparentes, palmeras, aire cálido...

Cuando pude, invité a mami, mi gran compañera, y nos fuimos por una semana a una playa de Brasil llamada Bombas y Bombiñas. Por un error en la agencia de viajes terminamos en otra playa, Mariscal, con olas intensas y bastante distinta a la que me había imaginado.

Estaba muy frágil. Con mis piernas sin masa muscular, me costaba muchísimo entrar al agua por el fuerte oleaje. Me sentaba en la arena y de a poquito me deslizaba, empujándome con las manos, hacia el agua pero no podía pasar la rompiente.

En uno de esos intentos aparecieron Mirta y Ricardo Martino, dos argentinos que estaban de vacaciones. Ellos

*No estaba dispuesta
a bajar los brazos.*

me tendieron sus manos. Las tomé y juntos fuimos al mar. Despacio y con prudencia, pasé la rompiente de las olas y el mar se volvió más calmo y suave.

Muy agradecida, comencé a charlar con la pareja. En ese escenario el destino me tenía reservada una de las grandes sorpresas. Mirta me habló de una clínica que en Buenos Aires se especializa en problemas como el mío. Me dijo que allí me podían ayudar y que era el mejor lugar del país para tratar mi caso.

Ningún médico de Bahía Blanca me había sugerido la Fundación para la Lucha contra las Enfermedades Neurológicas de la Infancia (FLENI).

Mi vida estaba en el umbral del gran cambio.



▪ Con mami en Brasil.

Atravesando fronteras

«La vida es un permanente desafío»

» El nuevo horizonte

Volví de Brasil plena de energía y de esperanza. En Internet encontré el teléfono, el mail y la dirección del FLENI. Llamé, pedí un turno y decidí viajar a Buenos Aires.

Al «No» lo tenemos de entrada siempre, pero tenemos que luchar por el «Sí».

«Sí, puedo», me repetí y llegué a la primera consulta, acompañada por mami, luego de haber intentado varias veces conseguir una historia clínica que el traumatólogo bahiense nunca quiso darme. Cuando insistí, para poder llevarla al FLENI, me dijo que no la haría y que me fuera «a hacer chapa y pintura».

Solo trataba de mejorar mi calidad de vida, confiada en que el servicio médico no debe ser un comercio.

Perdí mucho tiempo y sufrí por esa actitud tan egoísta. Los médicos del FLENI me escucharon, me tranquilizaron y me dijeron que ellos se encargarían de mi historia clínica, para lo cual tenían que hacerme varios estudios.

Otro sol se asomaba en mi horizonte.

En septiembre de 2008, con el apoyo del resto de la familia, y por entonces con el respaldo de mis empleadores y de mi obra social, puse en marcha una etapa clave.

—El brillo de tus ojos me dice que te vas a ir y que todo va a salir bien... —me dijo uno de mis jefes.

Sabía que el camino no era fácil, pero mi tren ya estaba en marcha. En cada viaje a Buenos Aires me impulsó una fuerza impresionante, aunque debo reconocer que también estaba la angustia.

Transitar los pasillos de la clínica me llenaba de pena. El ascensor detonaba emociones. Al abrirse la puerta mis ojos se llenaban de lágrimas. No lo podía evitar. Me conmovía el sufrimiento de grandes y de chiquitos. Todo eso me empujaba a reflexionar: ¿por qué no se invierte en prevenir algunas enfermedades que tanto cuesta curar?

Si el agua está contaminada, si los alimentos son transgénicos y el aire cada día está más sucio, es obvio que nos enfermaremos.

Con el tiempo, traté de llegar a la hora justa de cada consulta para no tener que permanecer mucho tiempo en los pasillos ni en las salas de espera.

Finalmente, tras una serie de estudios, los médicos consideraron que había una posibilidad de mejorar mi calidad de vida, pero tenían que operarme nuevamente mi tobillo izquierdo para que no se inclinara tanto hacia el piso. También escuché decir que tratarían de arreglar el «pegote» que me habían hecho en Bahía Blanca, como los médicos denominaron a ese claro caso de mala praxis que padecí.

Me examinaron el 25 de setiembre. Me acompañó mami.

Por teléfono me llamó el anestesista del equipo de médicos, quien me transmitió tranquilidad y seguridad.

*Sabía que el camino no era fácil, pero mi
tren ya estaba en marcha.*

86

También aparecieron Mirta y Ricardo, como en aquella playa brasileña.

Me operaron un día después los doctores Juan Carlos Couto, jefe del equipo, y María Pía Gotter Campo.

Desperté de la anestesia con mucho frío, pero ya sin un yeso torcido, ni la decepción, ni ese médico diciéndome que no podía «darme lo que Dios no me había dado».

–Karina, despertate. Estoy feliz de lo bien que quedó tu pierna –me dijo Juan Carlos Couto.

Y con la humildad de los grandes me agradeció haber confiado en él.

» La cerámica, otra terapia

Dos días después nos fuimos a un hotel para evitar virus hospitalarios ya que mis defensas estaban muy bajas. A la siguiente semana volvimos a Bahía en un vuelo directo y bajo estrictas normas de seguridad sanitaria. Una ambulancia me esperaba en el aeropuerto. Entré a mi departamento en silla de ruedas, pero sabía que era temporal.

Como necesitaba mantener mi cabeza ocupada empecé a disfrutar del arte de la cerámica.

Cuando vuelvo a mis años en la escuela de Cabildo surgen las imágenes imborrables de los pequeños adornos que hacía con crealina, un material que no necesitaba cocción.

Desde muy chica me gustó modelar y amasar materiales para darles forma y expresarme. Hoy puedo pasarme el día entero, y muchas horas de la noche, haciendo artesanías en cerámica. Es una eficiente terapia.



▪ Cerámicas.

88

¿Qué mejor cable a tierra que la arcilla? Es tierra pura, es la principal materia prima de la cerámica, es donde se puede dejar fluir la creatividad.

Así empecé a hacer pequeñas esculturas. Aprendí algunas técnicas: cómo preparar la masa, modelar y ahuecar las piezas, cómo hacer la cocción y cómo lograr distintas tonalidades y colores utilizando elementos naturales.

Me cuesta entender a quienes se aburren o sienten que no pueden hacer nada en la vida. Y mucho más a quienes se sienten solos y se deprimen sin buscar alternativas que los movilicen y les despierten los deseos de superarse cada día.

El filósofo español José Ortega y Gasset sostuvo que el hombre es él y sus circunstancias. Por eso creo que si uno se lo propone puede superar la adversidad y disfrutar de una vida mejor.

¿Qué mejor cable a tierra que la arcilla? Es tierra pura, es la principal materia prima de la cerámica, es donde se puede dejar fluir la creatividad.

Desde entonces sigo haciendo vasijas, mates, fuentes, macetas, esculturas y tengo muchas ganas de tener mi taller y horno propios. Participé de algunas ferias y vendí mis vasijas, e hice un curso en la Universidad Nacional del Sur sobre emprendedorismo.

También di clases gratuitas en un taller protegido a chicos con discapacidad, plenos de amor y alegría. Esas virtudes los convierten en especiales. Aprendo muchísimo de ellos, no solo a valorar los grandes logros, sino también las pequeñas cosas de la vida.

Y tengo un sueño: generar empleos de esta manera.

» Volver a empezar

Pasados unos meses en silla de ruedas, la doctora Susana Olivetto me sacó el yeso y volví a caminar, primero con muletas, luego sin nada. Hubo una propuesta para que usara unos bastones, pero no la acepté. Prefería apoyarme en la pared, en algún auto estacionado, en una farola o en un semáforo para bajar o subir el cordón de las veredas.

El bastón o la silla de ruedas me hacían retroceder.

La circunstancia me demandaba arrancar de nuevo.

¿Cómo se hace?

¿Cómo pisar sin sentir que te tiembla todo el cuerpo?

¿Cómo sentir fuerza al pisar si te parece que caminás sobre un flan?

Mis piernas son flaquitas y temblorosas; mis pies, inestables y frágiles.

Me aconsejaron una buena rehabilitación que incluyera ejercicios para obtener fuerza, seguridad, equilibrio.

Daniel Sosa, un excelente kinesiólogo de Bahía Blanca, me ayudó en esa etapa. Se comprometió profesional y humanamente. Me aseguró que podía contar con él y enseguida me demostró que realmente era así.

Por las tardes, cuando salía de mi trabajo, iba al centro de kinesiología y me quedaba horas. Cada mejoría me incentivaba más a sostener una rutina agotadora. El deporte siempre ocupó un lugar clave en mi vida emocional.

» La maravillosa natación

En el camino de mi recuperación, la natación también resultó otro acertado consejo médico.

En principio fui a una pileta terapéutica de agua muy caliente. Llegaba con las muletas y una vez adentro trataba de caminar. Además me servía para relajarme.

Tiempo después, en agosto de 2009, mientras continuaba con kinesiología, comencé a ir a la pileta de Uno Bahía Club donde se entrenaban muchos nadadores. Me encantó el lugar, me acerqué a un profesor y le dije que quería aprender a nadar. Él me miraba con cara de asombro porque yo, que no tenía buen equilibrio para caminar, llegué agarrándome de las paredes.

–Mirá como nadan todos ellos. Si ellos lo hacen, yo lo voy a intentar –le dije.

Me dijo que me metiera en la parte menos profunda. No tenía idea de cómo se hacía para nadar y respirar a la



▪ En la pileta de Uno Bahía Club.

vez, pero si él le había enseñado a tanta gente también lo iba a poder hacer conmigo.

Daniel González, «el Ruso», fue el encargado de enseñarme a nadar. Tuvo mucha paciencia.

Primero me aferré a una tablita de goma, luego probé con los flota-flota y la baranda de la pileta. Me fui soltando de a poco.

Nuestro cuerpo contiene mucho aire en los pulmones. Si estamos relajados flotamos naturalmente. De lo contrario la tensión nos empuja a hundirnos como plomo.

Al mes de estar en el club, y ya teniendo nociones mínimas, me propuse participar de mi primer torneo de natación. Parece una locura querer competir si apenas se sabe nadar pero el Torneo de Primavera Máster se disputaba el 26 de septiembre de 2009 y por entonces se cumplía un año de la operación. Fue la manera más vital de

–Mirá como nadan todos ellos. Si ellos lo hacen, yo lo voy a intentar –le dije.

festejarlo y de demostrarle a mis seres queridos lo bien que me sentía.

Además, la simple participación era premiada con una medalla que luego podía entregarle a los médicos que me ayudaron a mejorar la calidad de vida.

Y llegó el día. Toda mi familia y amigos estaban presentes. También Daniel Sosa, el kinesiólogo que tanto me ayudó.

Al momento de largar esa competencia de 50 metros libres estaba muy pero muy emocionada. Lo mismo le pasaba a mis familiares. Mi hermano Pelu, el encargado de filmar, no pudo hacerlo.

Mami y mis sobrinitos, Máximo, Martino y Gianella, no dejaban de alentarme. Lo mismo que Viviana, mi cuñada.

–Vamos, tía Kari... ¡Vamos...!

Nadé bastante bien los primeros 25 metros pero después fue casi imposible: mis sobrinitos corrían al borde de la pileta, Pelu, mami y la gente que no dejaba de alentarme. No podía respirar de tanta felicidad pero igual seguía.

–Kari, te saco de la pileta... ¿Te ayudo? –me gritó el profesor, muy preocupado.

Yo sentí que podía.

Completé los 50 metros aunque tardé tres minutos y medio. Los más estremecedores de mi vida.

Al llegar a la meta recibí una ovación. Mi familia estaba feliz. El que más había sufrido era mi profesor. Le comenté que quería seguir participando de torneos y además nadar en aguas abiertas. Obviamente me dijo que no.

–Te podés morir y yo no quiero ser responsable –me explicó. Y lo acepté.

A él le debo mucho en esta recuperación.

» Aguas abiertas y profundas

Una vez que aprendí a nadar quise incursionar en nuevos desafíos. Mis ganas surgieron porque escuché a un grupo de nadadores hablando de sus aventuras en lagos, ríos, mares... De pronto aparecieron otros sueños...

Lo repito. Entiendo al profesor González, que no quiso ser cómplice de mi locura. Él me advirtió sobre una serie de problemas a tener en cuenta, como el frío del agua, el oleaje, el viento, la profundidad.

En la búsqueda de alguien que me ayudase a concretar ese nuevo sueño, conocí a Luciana Canova, «Luchita».

–Yo te llevo a donde vos quieras llegar –me dijo mirándome a los ojos.

Comencé a entrenar.

Arranqué por el traje de neoprene para protegerme del frío y de las heridas que pudieran causarme los troncos,

las ramas, los sedimentos, los vidrios, los alambres o la basura que muchos arrojan a los ríos.

El traje me da flotabilidad. Es como usar un salvavidas: nunca te podés hundir fácilmente. Los buzos, para poder sumergirse, se colocan un cinturón con plomo.

Con mis hermanos buceamos en Las Grutas, una de las playas de la provincia de Río Negro, y fue fascinante. Es increíble la diversidad y belleza de la vida debajo del agua. Ese «otro mundo» me dejó maravillada.

También sentí que hay muchos más riesgos y cuestiones a tener en cuenta: necesitaba un equipo más sofisticado y un tubo de oxígeno, aprender a respirar, compensar los oídos, adaptarme a la presión del agua en la profundidad. Aprendí que debía bajar despacio al fondo y subir más lento que las burbujas que se forman al

respirar, para que la presión no me afectara. A pesar de eso, volví a bucear en los Cenotes de México.

La laguna La Salada, en el partido de Villarino, provincia de Buenos Aires, fue mi primer desafío de aguas abiertas. Nadé mil metros inolvidables: disfruté cada brazada con total tranquilidad. Mi hermano Pelu, que me acompañó en un kayak, fue testigo y custodio de ese primer paso por este camino de aventuras.

En uno de los desafíos posteriores no solo participé sino que también hice los trofeos de cerámica que se entregaron como premio.

Ya me sentía totalmente protagonista.

»» Por los lagos del sur

Al lago Aluminé viajamos en un colectivo junto con mami. Luego de varias horas llegamos a Villa Pehuenia, Neuquén, donde alquilamos una cabaña muy cerquita del lago. Esa misma noche nos reunimos con todos los nadadores y organizadores del desafío, con quienes compartimos la cena, y vimos un video de cómo sería el trayecto que debíamos cumplir de acuerdo con la distancia en la cual nos habíamos inscripto. En mi caso tenía que llegar hasta una isla, bordearla dando la vuelta y regresar al punto de partida.

El agua es muy transparente y fría, tanto que al nadar se puede apreciar el fondo con piedras, troncos, plantas acuáticas y las truchas que se alejan.

Entre el grupo de nadadores estaba Luchita, mi profesora, que participó de una prueba de tres kilómetros y medio, pero al momento en que tuve que largar decidió acompañarme.

Más aventuras en aguas tan frías como transparentes y, a nivel humano, más eslabones para la cadena de favores.

102

Nadamos juntas mientras disfrutábamos del paisaje. Ella me indicaba cómo debía hacer para orientarme.

La llegada fue mágica por la fuerza que me transmitieron los demás competidores, y por ese cálido abrazo con Luchita.

Al año siguiente viví otra hermosísima experiencia, ya sin mi profesora, nadando con cinco compañeros a la par. La cabaña donde nos alojamos me regaló una estadía en Villa Pehuenia. Fue uno de mis primeros «sponsors».

El lago del Chocón, también en Neuquén, fue otra prueba compartida con un grupo de nadadores de Bahía Blanca. Me sentí muy cómoda y segura por el acompañamiento de las lanchas de la Prefectura que contaban con médicos y profesionales de asistencia. Nuevas amistades, anécdotas y muchas alegrías agigantaron mi motivación de seguir entrenando para nuevos logros.



- Nadando en el lago Aluminé, en Villa Pehuenia.

En el verano de 2014 las posibilidades se sucedieron de manera impresionante. En mis vacaciones armé la mochila, conseguí pasajes gratuitos en colectivo, organicé la «logística», evalué prioridades y tomé decisiones. Viajé sola. Entonces volví al Lácar y en 2 horas y 12 minutos recorrí los 3.200 metros del desafío Nonthué.

103

Luego me fui al lago Gutiérrez, en la majestuosa ciudad de Bariloche, y después al intenso desafío del lago Correntoso, en Villa La Angostura.

Más aventuras en aguas tan frías como transparentes y, a nivel humano, más eslabones para la cadena de favores.

En Bariloche, mi amigo Guillermo Pérez Gallinger hasta me dio las llaves de su casa. Hubo nadadores y espectadores que me brindaron su constante colaboración.

¿El próximo desafío?

La vida es un permanente desafío.



▪ Delfines en República Dominicana.

» La caricia de los delfines

Nadar junto a los sensibles e inteligentes delfines y comprobar con mis propios sentidos lo que había leído de ellos me llevó a República Dominicana. Me acompañó mami.

Al principio no fue fácil. Llegué al lugar donde se hacían las excursiones y el encargado de seguridad no quería dejarme pasar, alegando que podía llegar a ser peligroso.

—¿Alguna vez has visto un delfín? Mide más de dos metros de largo, pesa más de 150 kilos y podrías llegar a salir lastimada —me dijo al verme caminar.

Traté de explicarle que ese era un gran sueño, que quería conocerlos e interactuar con los delfines, pero dadas las circunstancias me limité a pedirle que me dejara entrar al lugar para verlos aunque sea desde afuera del agua. Una vez adentro, ¿quién me iba a detener? Pude convencer al encargado de seguridad, pero escuché que hablaba con el entrenador de los delfines para ponerlo al tanto de la situación.



▪ Delfines en República Dominicana.

En el parque me acerqué a las enormes piscinas del lugar que estaban construidas en la playa... y allí estaban los delfines.

—¿Tu eres la chica que me acaba de mencionar él...? —trató de advertirme el entrenador.

—Viajé desde la Argentina para esto. Te pido que me dejes entrar aunque sea a un costadito. Me quedo quieta. Te lo prometo. Solo quiero verlos de cerca, por favor, es muy importante para mí. Por fa...

—Por favor, déjame hablar. ¿Has escuchado lo que dijo el encargado de cuidar la seguridad del lugar? Bueno, olvídale. Yo conozco muy bien a los delfines y nunca saldrías lastimada. Al contrario. No pierdas tiempo. Cumple tu sueño.

Lo más difícil es transmitir con palabras la sensación de ese momento. Creo que solo Dios lo sabe.

El entrenador me dijo que los delfines se habían dado cuenta de que mis piernas no eran fuertes.

De pronto dos delfines llegaron hasta mí: uno de cada lado de mi cuerpo, junto a mis brazos. El entrenador me indicó que estaban esperando a que me agarrara de sus aletas. Cuando finalmente lo hice me llevaron a recorrer el lugar con mucho cuidado, muy despacito... Fue increíble y hasta cómico, porque había tomado aire y me había preparado para que me llevaran velozmente, como al resto de las personas.

107

Lo más sorprendente fue sentir su piel, como la de un bebé, y la dulzura con la que me trataron sin tocar mis pies y mis piernas. El entrenador me dijo que los delfines se habían dado cuenta de que mis piernas no eran fuertes, por eso solo rozaron suavemente la parte superior de mi cuerpo. Al besarlos cerraron sus ojitos.

Mami estaba impresionada.

El destino me había llevado hasta ellos y a identificarme con ellos. Como los delfines, yo también salto obstáculos y bailo en el mar del cambio.

Tras tanta excitación, comprendí que los delfines deben ser libres. Ellos, para evitar tensionarse, necesitan nadar por lo menos 64 kilómetros diarios. Los humanos debemos ser conscientes de eso, del inmenso valor de estos seres y comprometernos a luchar por su libertad. No merecen que les impongamos semejante cautiverio.

Cuando todos los delfines vuelvan al mar, se completará otro de mis sueños.

»» El río siente

Poco después afronté un nuevo desafío en el río Negro, uniendo las ciudades de Viedma y Patagones, 3.750 metros en aguas muy caudalosas. Lo repetí por seis veces entre centenares de nadadores, kayaks, motos de agua y lanchas de la Prefectura. Para esa experiencia tuve el acompañamiento de mi hermano Walter, de su mujer Verónica y mis sobrinos Tiziana y Valentino.

Cada lago tiene un encanto incomparable.

La prueba en el Lácar se llama Nonthué y la primera vez me deparó sensaciones que nunca había experimentado. Fueron 1.600 metros y debía llegar hasta una isla con muchísima vegetación. Lo mismo pasaba bajo el agua. Por momentos tuve que alejarme porque me chocaba con las plantas y las algas. Terminé nadando una distancia mayor.

En el trayecto de regreso, una de las veces que saqué la cabeza del agua para orientarme y respirar, me vi en



▪ Saliendo de nadar en lago Lacar con Natalia Stefanazzi.

110

medio de la inmensidad del lago y frente a una imponente montaña con la cumbre blanca.

–Mirá donde estás –me dije.

Inevitablemente pensé en quienes quieren hacer lo que yo hago y no pueden.

Mientras disfrutaba ese momento único, se me acercó nadando mi gran amiga Naty Stefanazzi.

–¿Cómo estás?

–Feliz. ¡Mirá dónde estamos...!

Al llegar a la meta, alguien con un micrófono me hizo la misma pregunta. Cuando traté de responder me di cuenta de que mi mandíbula estaba congelada.

–Jjelizz –fue todo lo que pude decir. Juro de corazón que estaba totalmente feliz pero mi cara seguía helada. Luego los organizadores hicieron la entrega de medallas y me dieron la posibilidad de contar mi hermosa experiencia en el lago Lácar.

*No voy a competir
ni a ganar medallas; voy por una
necesidad de superación.*

Desde 2009 trato de estar en certámenes de invierno y primavera. No voy a competir ni a ganar medallas; voy por una necesidad de superación, por la vitalidad que siento y por actitudes que me emocionan y me llenan el alma.

En octubre de 2012 me animé a participar del Campeonato Argentino Máster de Natación, en el Centro Nacional de Alto Rendimiento, con sede en Buenos Aires.

En abril de 2013 quedé tercera en la prueba de 50 metros espalda del Campeonato Argentino Máster de Natación disputado en el club Olimpo de Bahía Blanca. Ese mismo año, pero en octubre, fui a Rosario, para idéntico torneo.

Entre los premios están «Nadando con el corazón» otorgado por el grupo de nadadores de aguas abiertas Tiburones de Bahía. Solo quería formar parte y terminé como capitana de equipo. También los «Logros Deportivos» 2009, 2013, 2014 y 2015, y «Perseverancia y

Valores deportivos», de la Confederación Sudamericana de Natación y de la Federación Chilena de Deportes Acuáticos, otorgado a fines de 2013, en el Sudamericano Máster de Chile.

Hace apenas unos años no sabía nadar y estaba convencida de que el deporte no se había inventado para mí. Más allá del ámbito deportivo recibí la distinción de la Junior Chamber International «Superación y Logros Personales». El 18 de diciembre de 2014, el Honorable Concejo Deliberante de Bahía Blanca me entregó la distinción de «Reconocimiento Ciudadano», por ser un ejemplo de vida y superación personal.

Cada premio me sirve para saber que voy por el buen camino, y me impulsa hacia adelante. En cada uno están los nombres de las personas que me ayudaron a llegar al lugar donde estoy.

» Mi corazón en cada brazada

Al terminar 2013 tuve la bellísima oportunidad de participar en el Campeonato Sudamericano Máster de Natación, en Santiago de Chile. Viajé el 26 de noviembre y regresé el 3 de diciembre.

113

El prólogo fue muy excitante, desde el mismo momento en que me probé la malla celeste y blanca con la que representé a mi país y en la que una amiga de Cabildo le bordó el sol, una artesanía que me ofreció para darme buena suerte.

Luciana Canova, Luchita (mi profesora de natación y amiga), me prestó remeras y camperas celestes y blancas.

Yo había estado en Chile poco antes de recibirme, gracias a una beca de la Universidad Católica, y para dar una conferencia sobre desarrollo sustentable y responsabilidad social. Cuando supe lo del Sudamericano me comuniqué por mail con amistades nacidas en aquella visita. Las

respuestas cálidas llegaron enseguida, entre ellas la sorprendente invitación para alojarme en la casa de Eliezer Nahuelñir Toloza.

En ninguna suite del hotel más lujoso me hubiera sentido mejor. Tuve la habitación más amplia para que pudiera descansar y estar en óptimas condiciones para la competencia.

El recibimiento, el reencuentro con amigos, los paseos por Valparaíso, Santiago o Pomaire son inolvidables.

—En Chile tenés una familia —fue la respuesta de Eliezer cada vez que traté de expresar mi gratitud.

También disfruté cada instante del torneo. Pude admirar a nadadores y nadadoras muy entrenados, espaldas enormes, gran profesionalismo y camaradería.

Hubo otros cuatro nadadores de Bahía Blanca (Mariano Vidal, Marión Valdez, Carlos Tartaglia y Mercedes Marani),

*Deseo que todo lo que me dan se vuelva
felicidad y oportunidad.*

todos excelentes, todos lograron medallas. Yo, como siempre, puse mi corazón en cada brazada. Competí conmigo misma y compartí con todos.

La vida me ofreció la oportunidad de estar en esa pileta olímpica de 50 metros de largo con 10 andariveles, con paredes y techo cristalino, iluminada por la luz del sol.

Todo hermoso, con olorcito a nuevo y con la sorpresa de ser tratada como «deportista de élite», como «atleta argentina» entre más de 1.200 nadadores.

Al concluir la primera competencia tuve el reconocimiento de las competidoras que nadaban en los otros 9 andariveles...

–Mande, mi niña, para lo que necesites. Un honor nadar contigo –me dijo una de las chicas venezolanas.

En los 50 metros espalda terminé en el puesto décimo octavo, en 50 metros libres, en el décimo quinto, y en 100 metros crol, undécimo.

—Karina Fassi... Karina Fassi. Atleta argentina, presentarse por favor —escuché por los altavoces del Estadio Nacional.

Pensé que me habían descalificado y me preguntaba qué habría hecho mal. Llegué llena de incertidumbre, pero me encontré con un trofeo de cristal con mi nombre tallado. Era el premio «Perseverancia y Espíritu Deportivo».

Pero todavía faltaba mucho más, porque Noelia Petti, una referente en la natación argentina que en 2012 fue campeona mundial, me regaló su medalla dorada ganada en ese Sudamericano.

Siempre siento que es poco todo lo que agradezco, que no alcanzan las palabras porque es mucho lo que recibo.

Noelia no solo es una destacada deportista, es un sol de persona con la humildad de los grandes. Cuando me dio la medalla pensé que era para la foto.

–Si algún día estás cansada o te sentís mal, mirá esta medalla que te dará fuerza –me dijo.

Siempre siento que es poco todo lo que agradezco, que no alcanzan las palabras porque es mucho lo que recibo.

Mi gran amiga, la nadadora Natalia Stefanazzi, argumenta que como el mundo es redondo todo vuelve.

Deseo que todo lo que me dan se vuelva felicidad y oportunidad.

En otro Campeonato Argentino, Natalia también me regaló su medalla.

La realidad ya ha superado a mis sueños.



■ Con el Papa Francisco.

» El «no» que se hizo «sí»

«Querido Papa Francisco: Escribí un libro y quiero regalártelo. Me llamo Karina Fassi, vivo en Bahía Blanca y me crié en Cabildo, pueblo de donde es un olivo que hace poquito tiempo te vi plantar en el Huerto de Getsemaní».

119

La carta, una de las más de 6.000 que cada día recibe el Papa argentino, fue otra muestra de la fe que me sostiene.

En febrero de este 2014 le había entregado un borrador de este libro a los médicos de la Fundación para la Lucha contra las Enfermedades Neurológicas de la Infancia (FLENI), de Buenos Aires. Cuando el jefe del equipo que me asiste desde hace años, el doctor Juan Carlos Couto, me expresó que era una caricia para su alma, sentí que podía hacérselo llegar al Papa, para mí el hombre más importante del mundo.

¿Por qué? Porque en el libro trato de resaltar el valor del esfuerzo y de la responsabilidad, de demostrar que los sueños pueden ser una hermosa realidad.

Así comencé mi camino con obstáculos. En la curia de Bahía Blanca me dijeron que un encuentro personal con el Papa era imposible, y que a lo sumo podía asistir a una audiencia de los miércoles, pero que solo podía verlo salir por una ventanita, de lejos, y participar así de su misa. Pero nada de acercarme, porque los guardias suizos me cruzarían sus sables y me lo impedirían. También me sugirieron que mandara el libro por correo.

No me desesperé.

En 2013, en la travesía Puente a Puente Viedma-Patagones, supe de la existencia de la Federación Internacional de Natación, organizadora de los Mundiales. Y me animé a escribirle. Adjunté fotos y recortes referidos a mis

*Le di el libro y le dije que lo
queremos, que queremos verlo
fuerte y feliz.*

pruebas en los lagos Lácar, Aluminé, Chocón, Gutiérrez, Correntoso, en el río Negro y también en Mar del Plata. Desde el FLENI, el doctor Couto dejó constancia de que estoy apta para la práctica de la natación deportiva.

121

Una mañana de mayo recibí el mail que me confirmaba la invitación para participar del Mundial de Aguas Abiertas en Nápoles y el Vaticano apareció de nuevo en mi camino

Lo primero que hice fue ir al Banco Hipotecario. Hacía apenas un mes que había cancelado el crédito de la compra de mi departamento y pedí uno personal a cinco años para pagarme el pasaje. Pensé en llevar a mami. Después busqué tomarme las vacaciones pendientes en el trabajo.

El Mundial era cerquita del Vaticano, tenía el crédito e importantes rebajas en los pasajes... y se daba todo para llevar a mamá. Entonces sentí que ya no sería necesario

mandarle el libro al Papa por correo, que bien podía ponerlo en sus propias manos. Y le escribí.

La noche del 23 de agosto, una mujer me llamó por teléfono y me dijo lo que tanto esperaba: que el Papa me recibiría junto a mamá en la residencia de Santa Marta, el jueves 4 de septiembre, a las 6 de la mañana.

El lunes 1 de septiembre a la noche, nos fuimos a Buenos Aires en colectivo, al otro día volamos a Roma. Previa escala en Madrid, llegamos el martes a las 19.30 y a las 5 de la mañana del día siguiente emprendimos el camino al Vaticano. Al llegar, uno de los custodios de la Guardia Suiza me informó por escrito –ya que me resultaba imposible entenderle lo que me hablaba– que seríamos recibidas a las 6.30. De pronto se abrió la puerta y junto a otros veinte visitantes, por un largo sendero,

Una mañana de mayo recibí el mail que me confirmaba la invitación para participar del Mundial de Aguas Abiertas en Nápoles y el Vaticano apareció de nuevo en mi camino.

Llegamos a una pequeña y austera capilla con una cruz de madera.

123

Todos nos sentamos y esperamos en silencio. Unos minutos después, el Papa comenzó su misa.

Con una voz que transmitía paz, Francisco nos habló de la fuerza que tenemos en nuestro interior para enfrentar lo que nos depara la vida. Luego se sentó a un costadito y rezó humildemente con nosotros. Al final, en la puerta de la capilla nos recibió. Me impresionó la suavidad de sus manos al tomar las mías. Me miró a los ojos todo el tiempo y se sonrió. Le di el libro y le dije que lo queremos, que queremos verlo fuerte y feliz. El tocó mi cabeza y me bendijo. También a mami, que no paraba de repetir ¡fuerza, Francisco; fuerza, Francisco...!

Conmovidas por tantas emociones, nos fuimos a Nápoles en tren. Nos hospedaron en el hotel Montespina

Park, donde nos esperaban Damián Blaum y Pilar Geijo, del equipo argentino de natación.

El domingo 7 de setiembre, junto a los 30 mejores del planeta, tuve el privilegio de inaugurar la Capri-Nápoles, prueba del Mundial de Aguas Abiertas.

Al volver a casa, después de 35 días, encontré un sobre. Lo abrí ansiosa. Era la respuesta de Francisco. Y también un pedido: que recemos por él.

» Mundial de Aguas Abiertas

El 5 de septiembre, los organizadores de la competencia Capri-Nápoles nos llevaron en ferry hasta la isla de Capri, que es un bellissimo lugar. Allí se hizo la presentación oficial del evento. Hablaron los dirigentes de la Federación Internacional de Natación (FINA) y luego nos llevaron a comer platos típicos de la cocina mediterránea a un lugar muy lindo al aire libre.

125

Ese día me presentaron a los demás nadadores. Les conté a todos mi historia de vida para que me pudieran conocer mejor. María Rosaria Marmolino fue la encargada de traducir simultáneamente en inglés y en italiano, así todos supieron que yo había sido invitada a inaugurar y cerrar el mundial. Fue gratificante sentir que enseguida me integraron al grupo como si fuese una campeona más. Aún más, algunos me agradecían por estar, me deseaban lo mejor y hasta hubo nadadores que me dijeron que

*... me di cuenta de que tenía
que disfrutar ese momento único
que estaba viviendo.*

126

era un honor conocerme y me dieron las gracias por compartir mi historia de vida. Me dijeron que los había motivado, lo cual era maravilloso. Mis ídolos del deporte que me apasiona me decían «gracias» a mí.

El sueño se estaba cumpliendo de manera perfecta. Había valido la pena tanto esfuerzo.

Y llegó el día. El 7 de septiembre, muy temprano a la mañana, al llegar a la isla de Capri, me cambié, me puse mi traje de neoprene, y ya me disponía a salir cuando me dijeron que habían preparado algo especial para mí. El momento más emocionante estaba por llegar...

Cuando salí, vi que desde donde yo estaba cambiándome hasta el agua habían puesto una alfombra verde que parecía pasto con piedras alrededor. En los bordes de la alfombra, paraditos, varios niños pequeños vestidos como nadadores, de mallas y gorras de natación



- Con Pilar Geijo en el Mundial de Italia.

y antiparras, estaban esperándome para acompañarme hasta el agua. Me tomaron de las manos y empecé a caminar a lo largo de la alfombra. Los niños se iban ubicando detrás mío a medida que iba pasando, como si fuesen «patitos», y así me escoltaron hasta el agua.

Durante los días previos al mundial mis cuñadas me habían mandado mensajes donde me decían «¡estamos con vos!», y sinceramente al tomar las manitos de esos chiquitos sentí que eran mis sobrinitos quienes estaban a mi lado. Y mis lágrimas de emoción empezaron a asomar.

Llegué al agua y empezó la cuenta regresiva: diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, y dispararon una bengala. Empecé a nadar en esa agua de color azul, con una transparencia que permite ver claramente el fondo del mar Tirreno, en ese momento, en ese mundial. Entre brazadas y llanto, sabía que debía llegar

nadando hasta el barco enorme que tenía la bandera italiana, ubicado a 1000 metros de la costa, para que largase el mundial. Al llegar al barco largarían los treinta nadadores que se disputaban el título de Campeón de Aguas Abiertas 2014.

Mientras nadaba hasta el barco, se me acercó la lancha donde estaban mami y un señor llamado Jorge Villegas, «Coco», uno de los mejores entrenadores de México. Coco, al ver que yo no contaba con equipo de acompañantes, ni entrenador, ni coach, y solamente estaba con mi mamá —que no sabe nadar y le teme a las aguas profundas—, se ofreció a acompañarnos en la lancha de seguridad. Y realmente creo que me lo envió Dios, porque cuando se me acercó la lancha, sentí el gusto del combustible que despedía el motor y levanté la cabeza para toser. Allí Coco vio que yo estaba muy emocionada y empezó a decirme

No tenía equipo, ni coach, ni sponsor, ni nada; solo tenía mis ganas y mi entusiasmo.

chistes. «Ándale, que si te tomas todo el agua, pues ¿en dónde vas a nadar?». Y así me hizo reír y me di cuenta de que tenía que disfrutar ese momento único que estaba viviendo, sin lágrimas de emoción, solo disfrutar y sonreír.

Cuando el presidente del comité organizador de la Capri-Nápoles, Luciano Cotena, se comunicó conmigo para confirmar mi asistencia al evento, me preguntó la cantidad de habitaciones que necesitaba para mí y mi equipo. Le respondí que no tenía equipo, ni coach, ni sponsor, ni nada; solo tenía mis ganas y mi entusiasmo. Le dije que solo llevaría a mi mamá como acompañante, para que pudiera conocer y disfrutar la experiencia conmigo. Por eso la colaboración de Coco fue muy importante. Me ayudó emocionalmente y me orientó para que llegara a tocar el barco con la bandera italiana lo más rápido posible.

Entonces, al llegar al enorme barco, inmediatamente largó el mundial. Los nadadores pasaron a gran velocidad a mi lado, a la velocidad de las lanchas a motor. Casi diría no que nadan, sino que vuelan por el agua. Creo que por esa razón no me dejaron nadar más kilómetros, por una cuestión de tiempo: los campeones habrían llegado a Nápoles y me tendrían que haber esperado un largo rato hasta que yo alcanzara la meta.

Me subieron a la lancha junto a mami, que nunca dejó de alentarme, como si yo fuese una campeona. Mami, una genia. Se sacaba una gorra que le dieron de «coach» y la agitaba bien alto y gritaba «¡vaaaaamos, Kari!».

Más adelante pasamos a los competidores y nos detuvimos cerca de la meta en Nápoles para que yo tuviera el honor de hacer el cierre del Mundial. Minutos antes de que llegara el resto de los nadadores, me dijeron que

Hay personas que dicen «qué suerte que tenés», pero yo considero que la suerte hay que generarla.

podía meterme al agua y llegar nadando los últimos metros de la competencia.

131

Entre quienes me esperaban al salir había chicos con espina bífida acompañados por sus familias. Una de las nenas me hizo acordar mucho a mí cuando era chica. La nena era flaquita y no se podía parar. El papá se me acercó y me dijo que la había traído porque quería que se pareciera a mí cuando fuera grande. Estos increíbles momentos, la ovación al llegar y el cálido recibimiento fueron inolvidables.

La argentina Pilar Geijo se coronó por tercera vez campeona mundial de aguas abiertas. La entrega de trofeos en el podio fue muy linda. Recibí un diploma y un trofeo que dice «Maratona del Golfo Capri Napoli, 7 de septiembre de 2014. A Karina Fassi, por su fuerza y energía, felicitaciones».

Además hubo una actitud que me gustó y me hizo aprender mucho. En una de las competencias previas al mundial, en las que los grandes nadadores van sumando puntos para llegar a formar parte del grupo de los mejores, la campeona española Esther Nuñez Morera se sintió mal y se descompensó en plena carrera. El nadador de Brasil Samir Botelho Barel pudo ver inmediatamente lo que le había pasado y sin dudarlo abandonó la competencia para asistirle. ¡Qué grandeza! Su gesto fue homenajeado por la FINA y por todos los nadadores y me encantó su actitud.

Uno puede ser el mejor del mundo, pero lo más importante es ser mejor persona.

Hay personas que dicen «qué suerte que tenés», pero yo considero que la suerte hay que generarla. Otros me dicen «qué bueno que cerraste un mundial: una manera de cerrar todo lo que has logrado en natación». Sin embargo, estoy

convencida de que yo no cierro nada, al contrario, siento que todo comienza cada día. Mi cabecita no deja de soñar.

133

El esfuerzo no se negocia. Hay que luchar por conseguir lo que queremos, más allá de las dificultades.

No es fácil, pero no hay imposibles.



- México, con Coco y Tanya luego de nadar diez kilómetros, de Cancún a Isla Mujeres.

» México. Una larga cadena de favores

Cinco horas pensaba tardar para recorrer los 10 kilómetros entre Cancún e Islas Mujeres. Al final lo hice en 4 horas, 16 minutos, 4 segundos según el chip que llevaba en mi tobillo.

135

Disfruté cada brazada y también hice mi mejor tiempo. Nado a 2 kilómetros por hora porque solo empleo mis brazos. Aún me falta recuperar fuerza en las piernas, lo que estoy tratando de lograr en la clínica FLENI.

De la prueba cumplida el 30 de mayo de 2015 también participaron las argentinas Valeria Corinaldesi (guardavidas en Cancún), Daniela Ciccone y Marcia Gallego.

Por si fuese poco, tuve el verdadero honor de que Jorge Villegas, el mejor entrenador de México, nadara a mi lado los 10 kilómetros. Lo había conocido en la Capri-Nápoles de 2014 y me prometió que me iba a cuidar. Su esposa, Tanya Salazar, del Comité Olímpico Mexicano, me acompañó en el final de la prueba.

Tortugas marinas, rayas y peces de colores en los arrecifes de coral, el agua a 26 grados y la temperatura ambiente entre 36 y 40 enmarcaron este nuevo desafío. El paisaje es incomparable. En todo el recorrido pude apreciar el fondo del mar. En ese escenario lleno de vida me sentí plena de vitalidad.

Por entonces aún pagaba el crédito del Banco Hipotecario que me permitió participar del Mundial de Aguas Abiertas en Italia, luego de ser recibida por el Papa Francisco en su residencia en Santa Marta. Por eso llegar a México era muy difícil. Para lograrlo, se pusieron en movimiento muchas instituciones y personas de Bahía Blanca y Cabildo. Hay una anécdota que resume el esfuerzo de todos los que colaboraron para que yo pudiera viajar. Los recolectores de basura de Cabildo sorprendieron a mi mamá en la calle, le dieron un sobre y le dijeron: «Entre

los muchachos juntamos un poco de dinero cada uno porque queremos que Kari cumpla su sueño». Son cosas que me emocionan y me dan fuerza para seguir. Además Julio César Cárdenas me dio alojamiento en México y mi amiga Natalia Bonotti me sorprendió comprándome los pasajes de ida y vuelta con su tarjeta de crédito. Cuando le pregunté a Nati por qué se endeudaba sabiendo lo mucho que ella trabaja y lucha para salir adelante con su hijito, me dijo que confiaba plenamente en mí y que quería que cumpliera otro sueño.

Fuerte a la fuerza

*«Todos los días tenemos la
oportunidad de demostrarnos a
nosotros mismos, a las personas
que nos quieren y al mundo entero
de lo que somos capaces»*

» El «combo»

Le llamo el «combo» al conjunto de secuelas que la espina bífida dejó en mi vida. Esa lesión medular se generó durante mi gestación cuando, aparentemente, al cerrarse mal una vértebra lastimó la médula y me impuso una serie de límites.

141

En mi caso siento una parálisis de las rodillas hacia abajo. No tengo buena sensibilidad. Puedo pararme sobre filosos vidrios y no darme cuenta de que me estoy lastimando. Me pasó, por ejemplo, que un día compré zapatos, caminé un poco y, al sacármelos, encontré sangre en mis medias pero no había advertido el dolor.

Por las piernas finitas, la falta de masa muscular y la piel tan débil los médicos me han sugerido que me cuide, que haga reposo, que sería bueno que use silla de ruedas para distancias largas o que al menos recurra a las muletas canadienses para intentar prolongar la vida útil de

mis piernas. Es posible que al no tener la masa muscular que cumple la función de acolchar mis pasos, con el tiempo mis propios huesos lastimen mi piel.

Otra de las secuelas se nota en un temblor de mis manos, a veces más fuerte, a veces más suave, pero constante. Si estoy nerviosa, también mi voz se vuelve temblorosa.

En el «combo» se agregan secuelas en mi vejiga. Suelo ser muy propensa a infecciones por esa malformación congénita. Desde que nací soy asistida por el médico bahiense Eduardo de Lasa, también mi «psicólogo» y consejero en momentos muy difíciles. Él me «salva las papas» rápidamente y controla mi evolución.

En 2004, trabajando en la ciudad de Necochea, de pronto me sentí muy mal, con mucha fiebre, dolor de cabeza, cansancio y frío a pesar de que era verano, producto de una fuerte infección de mi pierna derecha por una

Un día compré zapatos, caminé un poco y, al sacármelos, encontré sangre en mis medias pero no había advertido el dolor.

lastimadura. Un compañero, Alejandro Inchausti, se ofreció a llevarme al hospital y Betiana, su mujer, nos acompañó. Al llegar, mi pierna derecha había incrementado su tamaño, tanto que la piel estaba tirante y se empezó a abrir. No podía caminar, la sentía pesada y se cubrió de grandes ampollas líquidas que pronto se fueron reventando. Los médicos enseguida me dieron antibióticos y anticoagulantes.

143

Con el tiempo me enteré de que esos coágulos se podían haber ido a mi corazón o a mi cerebro y que las consecuencias pudieran ser peores.

Me llevó varios meses recuperarme. En el trabajo me pidieron que firmase la renuncia. Accedí. Sin salud, a nada podía aspirar.

En los peores momentos se conoce lo mejor y lo peor de las personas.

Cinco meses después, cuando los médicos aseguraron que mi pierna no corría peligro y recibí el alta, la empresa me volvió a contratar

Más allá de lo que me pase, siempre tengo presente la sabia frase de mi hermano Pelu: «La vida nadie la va a vivir por vos».

Y así me levanto y sigo adelante de la mejor manera que puedo, atesorando cada uno de los buenos momentos que me da la vida y aprendiendo de los malos.

Dicen que es consuelo de tontos, pero a veces siento que sería muy ingrata si me quejara mientras hay personas que tienen que enfrentar peores condiciones.

Conocí a un chico cuadripléjico que necesitaba ayuda para todo. Me dijo que siente que su alma y su mente son como una mariposa y que puede volar con su imaginación.

Lo admiro profundamente.

A veces sueño con la cura.

Sueño que pueden volver a caminar, a moverse normalmente y veo las sillas de ruedas como piezas de museo...

Sueño que se reactiva la sensibilidad, los músculos... «la electricidad».

Cuando la ciencia avance más, tal vez con tratamientos de células madre, todos esos sueños serán posibles.

» Venciendo obstáculos

Hace un tiempo me encontré con un chico que tiene una lesión medular y que se desplaza en una silla de ruedas. Me sorprendió mucho porque lo había visto caminando. Su mamá me contó que hacía más o menos dos años que dejó de entrenar, que no va más a kinesiología y tampoco a natación. Tenía 17 años y no recibía apoyo por parte de sus compañeros de escuela. Recibía mensajes discriminatorios e hirientes.

147

Le dije que es «normal» que en la sociedad que vivimos haya algunas personas que necesitan aprovecharse de otras, como si se trataran de esos muñecos inflables que se golpean y se vuelven a parar, para nuevamente ser golpeados.

Cuando tuve la edad de ese chico me pasó lo mismo. Tuve que demostrar que era más fuerte de lo que muchos pensaban. Y demostrármelo.

En el secundario, sufrí algunos momentos difíciles por la acción de una o dos personas que me molestaban, frente al resto de los chicos con los que tenía una buena relación y con quienes me llevaba muy bien.

A esa edad, el resto del cuerpo crece más rápido que la cabeza, se producen cambios y no es fácil acomodarse a eso. Me costaba mucho integrarme.

—¡Kari, te agarrás todos los pozos! —me decía una persona por mi manera de caminar tambaleante.

—Kari, ¿no tenés novio? ¡Apurate! Al paso que vas no lo vas a conseguir nunca.

También se burlaban por mis lentes con mucho aumento, por ser flaquita, por ser bajita, por mi forma de vestirme con ropa grande para ocultar mi cuerpo.

Mi autoestima bajaba cada día un poquito más. Eso hace sentir mejor al que agrede, porque cree que haciendo sentir mal al otro, se siente mejor él.

Tuve que demostrar que era más fuerte de lo que muchos pensaban. Y demostrármelo.

El agresor golpea más fuerte si te levantas y si seguís sin ponerle límites. Si no se le opone fortaleza, él insistirá y será peor.

A pesar de mi temblequeo, siempre traté de ser prolija y de escribir lo más lindo posible.

Un día, al regresar al aula luego de un recreo, encontré las hojas de mi carpeta pegadas con escupitajos. Las tiré. Solo atiné a escribir todo de nuevo. Esa actitud llevó a que el agresor me escupiera en la cara.

No todo terminó allí. Cuando iba en bicicleta al colegio, él me pinchaba las gomas y me cortaba los frenos. Empecé a dejar mi bicicleta en la casa de una señora que vivía cerca.

Poco después, en un intento por sentirme un poquito más linda, empecé a usar lentes de contacto. No tardé en recibir un fuerte golpe justo en un ojo. El mismo agresor me tiró una manzana durante una cena que habían

Fui aprendiendo que quien debía defenderme era yo misma, que mi hermano no podría vivir siempre a mi lado para cuidarme.

150

organizado mis compañeros de colegio. Al llegar a mi casa no podía sacarme el lente por la gran inflamación y lo morado que estaba mi ojo. Pelu, mi hermano, se enfureció y fue a buscar al golpeador a su casa. No tuvo el valor de salir. Pelu habló con su madre y le dijo lo que estaba pasando.

Fui aprendiendo que quien debía defenderme era yo misma, que mi hermano no podría vivir siempre a mi lado para cuidarme. Debo ser fuerte y luchar sola por lo que quiero y... lo que no quiero.

Si puedo, me alejo de esas personas. En un colegio o en el trabajo, o cambiás o renunciás... pero no es tan fácil.

Lo cierto es que decidí quedarme con el vaso medio lleno, porque en el colegio conocí a hermosas personas que aún hoy siguen siendo mis grandes amigas y amigos que quiero mucho, como Andrea, Natalia, Anabel, Verónica y tantos otros.

He tomado conciencia de que la fortaleza y la grandeza no están en la fuerza física, que se puede ser fuerte con inteligencia, sabiduría y experiencia.

»» Esfuerzo y perseverancia

–Sos jodida como todos los discapacitados.

153

Esta fue la respuesta que recibí en uno de mis intentos por conseguir un pasaje en ómnibus para viajar al sur.

–Jo-di-da.

Sé que una ley establece que todas las personas con límites físicos pueden viajar gratuitamente en micros. Claro que lograr que las leyes se cumplan suele ser una tarea compleja y en la que se corre el peligro de perder la paciencia.

Ante cada viaje voy en busca del pasaje con mucha anticipación. Me presento con toda la documentación requerida y he sumado varios «no» rotundos y pedidos de mi parte para que el vendedor se informase en el Ente Regulador de Transportes.

En los casos en que la ley se cumple, la mayoría de las veces te dan pasajes en los ómnibus menos solicitados, con los horarios más incómodos y de más extenso

recorrido. Así, un viaje que normalmente es de ocho horas, te puede llevar hasta catorce horas, lo que es muy doloroso para alguien que tiene una discapacidad y debe andar, por ejemplo, en silla de ruedas.

–Sos jodida como todos los discapacitados...

Al llegar a casa busqué el diccionario para confirmar el significado de «jodida». Una acepción la define como «persona que está mal por alguna causa, como enfermedad, molestia, problema o dificultad; o que está decaída o desmoralizada». Otra la señala como «cosa que causa fastidio, molestia o enfado, o que resulta desagradable».

Para nada me identifico con esas definiciones.

Tengo voz, puedo expresarme con educación y siento la fuerza para vivir cada día con plenitud y sin molestar a nadie, pero quiero conseguir que las leyes se cumplan por todos aquellos que no tienen voz o fuerza.

Por años, he tratado de que se concrete la ley sobre el sistema de protección integral de los discapacitados.

Que las leyes para las personas con discapacidad no se respetan, no solo lo digo yo, también lo sostienen quienes son especialistas en Derecho.

Por años, he tratado personalmente de que se concrete la Ley 22431, que establece que todas las empresas y los organismos están obligados a ocupar personas con discapacidad que reúnan condiciones de idoneidad para el cargo en una proporción no inferior a cuatro por ciento (4 %) de la totalidad de su personal y a establecer reservas de puestos de trabajo para ser ocupados por ellas.

Estoy convencida de que los discapacitados podemos lograr casi todo aunque nos cueste mucho más.

» El efecto de los afectos

Modelaba arcilla en mi tallercito de cerámica de Cabildo, donde los fines de semana disfruto de la compañía de los pájaros durante las mañanas y de los grillos por las noches. Es la mejor música que puedo sentir.

157

Me puse cómoda, estaba de pantaloncito corto cuando se me acercó mi sobrino más chiquito, Valentino, de dos años y medio. Me empezó a mirar las valvas, se agachó y sus ojos buscaron los míos. Con su manito acarició la valva, una especie de bota ortopédica que cubre desde la rodilla hasta el pie inclusive. Son como los «huesos» de las piernas. Si no tengo las valvas, no puedo caminar, porque me tropiezo con mis propios pies. Tardé en encontrar palabras para explicarle qué veía de diferente en mis piernas.

—¡Viste! Son los zapatitos que usa la tía...

—Son lindos —me contestó con una voz tan dulce como conmovedora.



▪ Con mis amigas Natalia Bonotti y Andrea Scoppa (en un carro a pedal).

—Mi amor. Tan chiquito y tan tierno. Tan sabio, tan hermoso... La vida es bella para vos y debe serlo para todos los nenitos del mundo.

Aprendo tanto de mis sobrinos. Son respetuosos, sensibles y me sorprenden con sus actitudes.

Admiro a mis hermanos y a mis cuñadas, que son como hermanas. Siempre me demuestran que están presentes.

Cuando le comenté a Viviana que quería nadar en aguas abiertas y que necesitaba un traje de neoprene al otro día me llegó su mensaje. «Ya tenés tu traje de sirenita». Ese es el traje que uso, violeta y negro con florcitas. Es lo primero que guardo en mi mochila antes de cada viaje.

Siempre tengo presente mi primer desafío en la laguna La Salada. Sacaba la cabeza para respirar y veía a mi hermano Pelu acompañándome en su kayak, tan emocionado como cuando fuimos por primera vez a la Universidad

*Siempre sentí el aliento
incondicional, la libertad para
hacer todo lo que me hace feliz. Y
todo eso lo percibo cada vez que
armo mi mochila.*

Nacional del Sur y me ayudó a cruzar la avenida Alem y a tomar el colectivo.

Jamás olvidaré lo fuerte que fue llegar de nadar los cuatro kilómetros del desafío del río Negro. Celebraba en la orilla con otros participantes pero no encontraba a mi hermano Walter. Al rato lo vi llorando entre los árboles.

La única persona que no ha sido parte de estas aventuras de mi vida es mi papá, Carlos José. Él no pudo aceptarme ni entenderme y cuando me fui de Cabildo me hizo sentir mucho miedo al fracaso.

Hoy, lejos de mi pasado, creo que cada uno piensa y hace lo que puede y como puede. Insisto. Prefiero alejarme de las personas que me lastiman y vivir sin lastimar.

Quien más me apoyó, y a la vez me dio la libertad para elegir mi camino hacia la búsqueda de la felicidad, siempre fue mami. Dice que su mayor aprendizaje fue un día en el



Con nadadores amigos saliendo del primer desafío en el mar, en Mar del Plata.

Instituto de Rehabilitación del Lisiado de Bahía Blanca. Dos chicas, Marita y Heidi, me ayudaban con unos ejercicios. Yo caminaba con mucha dificultad. Usaba botas ortopédicas con fierritos a los costados de mis piernas que me sostenían y de pronto se me escapó la pelotita con la que jugaba. Mami salió corriendo a buscarla. Una de las chicas le pidió que no lo hiciera, que yo misma debía hacerlo. Le dijo que esa pelotita representaba mi felicidad, que podía acompañarme y ayudarme a pararme si me caía, pero que yo tenía que hacer el mayor esfuerzo. Entonces la volvieron a tirar. Cuando logré levantarla, la sonrisa que se dibujó en mi rostro fue enorme y aprendí que la máxima satisfacción era conseguir las cosas por mí misma.

Siempre sentí el aliento incondicional de mi madre, la libertad para hacer todo lo que me hace feliz. Y todo eso lo percibo cada vez que armo mi mochila.

*Aprendí que la máxima
satisfacción era conseguir las
cosas por mí misma.*

Desde ese comienzo en la laguna La Salada hasta los lagos Aluminé, El Chocón, Lácar, Correntoso, Espejo, Nahuel Huapi, Gutiérrez, los ríos Negro, Colorado, Quequén; desde el Mediterráneo en la Isla de Capri a Nápoles y al Caribe, en México, siento que abrazo la vida en cada brazada.



▪ Surf adaptado en Miramar.

» Agradecer y aprender

Cada vez que voy a nadar al río Colorado, me reciben con gran calidez en la Fundación Integración y Deporte (FUINDE). Me aloja la gran familia de Sandra y Paulo Fabián Villagra y sus hijas, que me hacen sentir en casa. Cuando nadamos, nos acompañan en kayaks integrantes de FUINDE y chicos con discapacidad.

163

El 27 de enero de 2016, en las playas de Miramar, pude participar de la primera clínica del país sobre surf adaptado que organizó la agrupación Integrar Surf, donde pude compartir mis experiencias. El presidente de esa entidad, Martín Passeri –cinco veces campeón argentino de surf– quiso generar esta fábrica de sonrisas junto a un lindo equipo de surfistas, guardavidas y colaboradores, entre ellos Nicolás Gallegos, un joven que se desplaza en silla de ruedas.

Más allá de la alegría de disfrutar del juego y del baile de las olas, corroboré que pase lo que pase se puede disfrutar y ser feliz. Basta con ver aquellas fotos en Miramar para entenderlo. Al mundo le hacen falta estas cosas que hacen que los discapacitados salgan de su dolor y vean que pueden ser felices. Todos podemos ayudar a lograrlo.

Al terminar la jornada, me aguardaban en la playa mi amiga de toda la vida, Andrea Scoppa, y sus hijos. También Natalia Bonotti y su hijito Ivo. Yo estaba con toda la adrenalina de practicar surf por primera vez, de conocer gente de gran corazón y muy humilde. De repente recordé cuando me habían operado en la clínica FLENI de Buenos Aires. Al día siguiente, el 26 de setiembre de 2008, recibí el llamado telefónico de estas dos amigas. Me preguntaron cómo me sentía. Les dije que estaba bien. De pronto sentí que golpeaban la puerta: al abrirse, aparecieron ellas.

A pesar de las distancias físicas o de los caminos distintos, el genuino afecto perdura en el tiempo y nos hace sentir completos.

Los amigos son la familia que he elegido. A pesar de las distancias físicas o de los caminos distintos, el genuino afecto perdura en el tiempo y nos hace sentir completos. De las buenas personas atesoro hermosos recuerdos, de las que no lo han podido ser, guardo el aprendizaje. Muchas veces siento que las palabras son insuficientes.

Tengo tanto que agradecer que no alcanzarían las páginas de este libro para nombrar a todos los que me ayudan a ser feliz.

» Quiero, puedo y lo merezco

En un planteo ideal del mundo, debería ser lo normal y común que la gente se solidarice. Pero lamentablemente no es así.

167

Hay quienes piensan que las leyes que protegen a los discapacitados son prebendas para el abuso y que al fin los discapacitados se benefician con excepciones a las que los demás no pueden acceder. Incluso algunas obras sociales, cuando las coberturas son muy onerosas, buscan eludir las prestaciones, reemplazarlas, demorarlas hasta la intervención de la justicia. Esto mismo sucede con la ley de pasajes gratuitos para discapacitados. Si la cumplen, algunas empresas, teniendo la posibilidad de procurar un viaje más confortable, en vehículos con recorridos directos, les dan los pasajes más baratos y, por tanto, con los recorridos más extensos, aquellos que ingresan en todos los pueblos, con más paradas, sin pensar que para las

La opción de bajar los brazos está presente todos los días. La opción de seguir adelante, también.

168

personas con discapacidad eso es una verdadera odisea, por tener que soportar un largo viaje con dificultosas idas al baño y otras molestias. ¿Por qué hay que luchar tanto y litigar para recibir los beneficios adquiridos por leyes ya establecidas?

La inclusión social, laboral y deportiva de personas con discapacidad debe generar compañerismo, respeto, ayuda mutua. La integración sirve para que aprendamos unos de otros, permite equilibrar diferencias y valorar el esfuerzo de llegar a iguales o mejores resultados, pero haciendo el trabajo de manera distinta. Todo eso requiere de una apertura, un crecimiento y un verdadero interés por lograr la integración.

A lo largo de mi vida profesional sufrí muchos episodios de maltrato, desprecio, burla y discriminación, pero aprendí que a pesar de que todo es muy difícil, debo man-



- ¡Mi familia! Acto de la UNS.

tener la sonrisa pase lo que pase, y luchar por conservar los sueños que me motivan a vivir.

169

Aprendí a ser feliz con pequeñas cosas. Aprendí que el esfuerzo no se negocia. Aprendí a decir siempre la verdad buscando la manera de no lastimar a nadie, aunque a veces, si sos muy sincero, pasás a ser «... jodida, como todos los discapacitados». Por eso es mejor contar las cosas buenas, las cosas malas logran que las personas te aislen, porque «no tienen la culpa» o porque «no pueden hacer nada para ayudarte». La opción de bajar los brazos está presente todos los días. La opción de seguir adelante, también. Y con esta me quedo.

Pude elegir pedir una miserable pensión por discapacidad, pero siempre elijo el camino más difícil, porque a la larga es el que me da mayores satisfacciones.

Pude elegir quedarme en Cabildo pero vine a estudiar a Bahía Blanca.

Pude elegir abandonar la carrera cuando un examen final no salió de la forma en que pensaba.

Pude no ir a Buenos Aires a buscar mejores médicos.

Pude no hacer caso y no hacer la rehabilitación porque es agotadora y lenta.

Pude no ir a la pileta cuando me moría de vergüenza de mostrar mis piernas feas y flacas.

Pude porque quiero y puedo. Porque siento que merezco vivir de la mejor manera posible y porque cómo sigue mi historia depende de mí.

» ¡Vamos! ¡Podemos!

No elegí nacer con espina bífida, pero pude buscar la fuerza interior para salir adelante. No bajé los brazos y estuve atenta a las distintas alternativas que brinda la vida para ser feliz.

No fue fácil.

Es necesario dejar los recuerdos dolorosos en el pasado y no mirar hacia atrás, continuar con la mirada puesta en el futuro y ocupar la mente en las soluciones.

Deprimirse, angustiarse, preocuparse es lo más fácil. Prefiero luchar, enfrentar con responsabilidad mis actos y hacerme cargo de las consecuencias.

Soy dueña de una profunda paz interior. Jamás hice algo para dañar.

Y vamos por más.

Y digo vamos porque cuento con familiares y amigos que me alientan a seguir superándome día a día. Agradezco a la vida por las personas que puso en mi camino.

En estas páginas he tratado de transmitir un mensaje de esperanza, segura de que más allá de lo que nos pase en la vida se puede intentar estar bien.

172

En estas páginas he tratado de transmitir un mensaje de esperanza, segura de que más allá de lo que nos pase en la vida se puede intentar estar bien.

He querido compartir lo que siento en mi alma: una fuerza como la lava del volcán que me ayudó a sanar mi cuerpo. Algunas veces digo que mi vida es como un tren que puse en marcha, y que tiene vagones que son difíciles de llevar porque están fuera del carril, porque las vías están rotas o porque alguien puso piedras o palos en el camino. Lo importante es no parar. No bajar los brazos.

Todos los días tenemos la oportunidad de demostrarnos a nosotros mismos, a las personas que nos quieren y al mundo entero de lo que somos capaces.

¡Vamos!

¡Podemos!

No perdamos el tiempo. Es una cuestión de querer, de poder querer.

Querer metas, objetivos, proyectos. Siempre los quiero y luego tengo la tarea de poder lograrlos. Y hacia ellos voy con entusiasmo. Y mientras se llega al logro, disfruto el camino.

En mi recorrido por el Machu Picchu sentí el placer de cada metro que avancé. Cada obstáculo me sirvió para aprender, para detenerme, descansar, pensar, recuperar energías y luego continuar.

De eso se trata mi vida, la que vivo convencida de que querer da poder.

kefassi@yahoo.com.ar
facebook Kari Fassi

